

NEWMANIANA

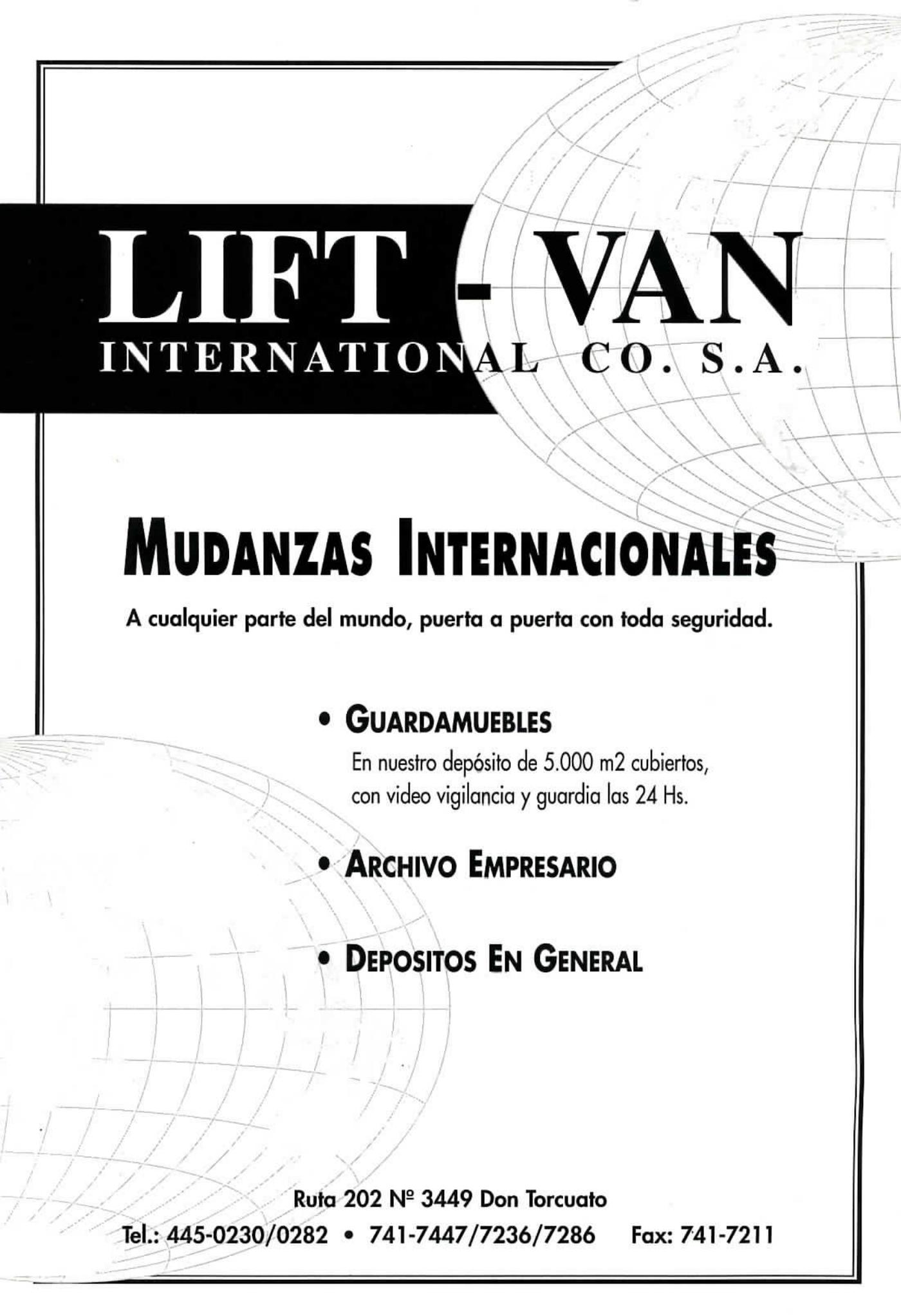
AÑO VIII - NUMERO 23

ABRIL 1998



Ex umbris et imaginibus in veritatem

Publicación de **AMIGOS DE NEWMAN** en la Argentina



LIFT - VAN **INTERNATIONAL CO. S.A.**

MUDANZAS INTERNACIONALES

A cualquier parte del mundo, puerta a puerta con toda seguridad.

- **GUARDAMUEBLES**

En nuestro depósito de 5.000 m² cubiertos,
con video vigilancia y guardia las 24 Hs.

- **ARCHIVO EMPRESARIO**

- **DEPOSITOS EN GENERAL**

Ruta 202 N° 3449 Don Torcuato

Tel.: 445-0230/0282 • 741-7447/7236/7286 Fax: 741-7211

NEWMANIANA



Año VIII - Nº 25

Abril 1998

Director

Pbro. Fernando María Cavaller

Consejo de Redacción

Dra. Inés de Cassagne

Sra. María Teresa Richards de Riva Posse

Lic. Pablo Augusto Marini

Colaboraron en este número

Dra. Inés de Cassagne

Robert Hodge

Silvia Rodríguez Quiroga

Jorge Ferro

NEWMANIANA

(ISSN 0327-5876)

es una publicación cuatrimestral.

Registro Nacional de la

Propiedad Intelectual Nº 237.216

Propiedad de Fernando María Cavaller

Dirección: Av. Liniers 1560 (1648) Tigre - Pcia. de

Buenos Aires - República Argentina

Sumario

Editorial

Despedida a un amigo de Newman 2

CONGRESO INTERNACIONAL EN OXFORD

Newman y la palabra..... 4

Sermón

La Iglesia, un hogar para los solitarios 6

Traducción: Silvia Rodríguez Quiroga

Espiritualidad

Cuatro meditaciones 13

Cartas

**La muerte del gran amigo,
Ambrose St. John** 18

Dra. Inés de Cassagne

Estudios

Cardenal Newman: contemplativo 21

Robert Hodge

Poesía

El don de lenguas 33

Traducción: Jorge Ferro

Despedida a un amigo de Newman

Ha muerto el Cardenal Quarracino. Me viene a la memoria el año 1985. Conocí personalmente a Mons. Quarracino que era entonces Obispo de Avellaneda y Presidente del Celam. Descubrí, a poco de empezar la conversación, que admiraba a Newman. Me dijo que en algún momento había decidido estudiar mejor el idioma inglés para poder leerlo. Recordó aquél primer movimiento de estudio newmaniano que surgió en el ámbito del Seminario de La Plata hacia 1945, centenario de la conversión.

Cuando en 1990 un grupo de sacerdotes y laicos pensamos en fundar una asociación newmaniana, la invitación a Mons. Quarracino surgió inmediatamente. Era aún Arzobispo de La Plata. Un mes después de la invitación fue nombrado Arzobispo de Buenos Aires. Cuando se llevaron a cabo los actos inaugurales de la Asociación, en septiembre, hacía apenas cuatro días que había asumido el gobierno pastoral de la Arquidiócesis, de modo que al estar presente realizaba también él su pri-

mer acto público como Arzobispo. Presidió la Misa Solemne en la Iglesia del Salvador, en cuya homilía habló de Newman como converso y hombre de Iglesia, y de su gran influencia hasta nuestros días. Luego cruzamos al Salón San Ignacio de Loyola, donde tuvo lugar el Acto Académico Inaugural de nuestra Asociación Amigos de Newman. Cerró el acto el Arzobispo. La foto que acompaña este editorial muestra precisamente ese momento. Es difícil olvidar lo que allí expresó. Quiso poner de manifiesto la importancia que revisten quienes toman como misión difundir la vida y la obra de alguna figura relevante. De lo contrario, dijo, grandes exponentes del pensamiento cristiano quedan lamentablemente olvidados o ignorados. De esta manera, apoyaba y alentaba la fundación de nuestra Asociación, y ubicaba a Newman entre esas figuras que deben ser recordadas, estudiadas, y aún más, veneradas. Precisamente el 22 de enero de aquel año habían sido aprobadas en la Congregación para las Causas de los Santos, las virtudes heroicas de John Henry Newman, que es desde entonces Venerable de la Iglesia de Dios, próximo ya a la beatificación. El Arzobispo de Buenos Aires nos distinguió con su presencia, firmó el acta fundacional y fue Miembro de Honor de la Asociación.

Al año siguiente, Mons. Quarracino fue creado Cardenal de la Iglesia. Un nuevo motivo encontró él para estrechar el vínculo de amistad con aquel Cardenal inglés, a quien ya apreciaba tanto. Tuvimos la alegría de participar, en Roma, el 28 de junio de 1991, del Consistorio público en el cual recibió el capelo cardenalicio de manos del Santo Padre Juan Pablo II. Aquel mismo año publicamos el primer número de Newmaniana. No hubo año que no tuviera personalmente o por carta al-

ORACION

Por la beatificación del Cardenal Newman

Señor Jesucristo, cuando es Tu voluntad que un siervo Tuyo sea elevado a los honores del Altar, Tú lo glorificas por medio de evidentes signos y milagros. Por ello, Te pedimos quieras concedernos la gracia que ahora imploramos por intercesión de John Henry Newman. Por su devoción a Tu Inmaculada Madre y su lealtad a la sede de Pedro, pueda ser nombrado algún día entre los Santos de la Iglesia. Amén.





guna palabra de aliento y la cercanía paternal y a la vez amistosa conmigo, con la Dra. Cassagne, y con otros miembros de la Asociación. Aun cuando su rango le eximía de hacerlo, sin embargo, nos enviaba puntualmente cada año la suscripción de apoyo a la publicación. Y siempre fue atento con las invitaciones a los Encuentros Newmanianos y aniversarios que celebramos.

Sé que leía con gusto y que con gusto solía citar a Newman, en sus homilias y escritos. Nadie hace esto sino con aquellos a quienes verdaderamente ama y venera como maestros o santos. No titubeó en poner su firma para encabezar el petitorio que elevamos mil argentinos, en 1995, para sumarnos a la causa de la beatificación. Recuerdo que me hizo algunas prudentes indicaciones respecto al texto dirigido al Papa.

Esta breve reseña de la peculiar vinculación del Cardenal argentino con Newman y nuestra Asociación, puede concluir precisamente con su última homilia, ampliamente difundida en el ámbito de la Iglesia argentina. Fue en la Misa exequial por el Cardenal Eduardo Pironio, celebrada en la Catedral de Buenos Aires, el 12 de enero pasado. Hablando de las verdades de la fe, en las que profundizaba este otro Cardenal argentino, tan amigo suyo, dijo: "Estas verdades sabidas con la inteligencia pasaban a su fervoroso corazón; y allí, por obra de una misteriosa alquimia de la Gracia y del don de Sabiduría, se transformaban en vida que engendraba vida. Su palabra, oral y escrita, llegaba al corazón y a la inteligencia de aquellos a los que iba dirigida. Se cumplía lo del Cardenal Newman: «Cor ad cor loquitur» («El corazón habla al corazón»)".

Su última cita de Newman ha sido su lema cardenalicio, en el que Newman mismo quiso obviamente expresar en síntesis su vida y pensamiento. En el marco de una homilia por un amigo muerto, fue el único autor citado, y la frase que mejor decía su propio pensamiento. La amistad con Newman vino en ayuda para hablar de esta otra. Newman mismo quiso expresar con este lema una realidad que pertenece al amor de amistad, en el grado humano que él vivió con particular intensidad (recordemos su gran sermón 'La despedida de los amigos'), y en el grado sobrenatural de la misteriosa amistad con Dios, donde el primer corazón de la frase es el Corazón divino, que habla al corazón del hombre. Asimismo, el hablar al corazón del hombre fue una virtud permanente de la palabra de Newman. Su lema, como tantos otros textos, tienen en él sabor autobiográfico.

No nos equivocáramos si quisiéramos aplicar lo que el Cardenal Quarracino dice de su amigo muerto, a él mismo. Tuvo ciertamente ese estilo franco, sencillo y profundo a la vez, meditativo y afectuoso, que sabía llegar al corazón. Luego, se cumplió también en él el lema newmaniano. Fue un pastor de buen corazón, misericordioso, como lo definió el nuevo Arzobispo de Buenos Aires Mons. Jorge Bergoglio, en la Misa de sus exequias.

Gracias Eminencia por ser amigo de Newman y amigo nuestro. Con afecto filial y amical a la vez, todos los miembros de esta Asociación elevamos nuestras plegarias por su eterno descanso en el Señor, confiando en la intercesión del Venerable Cardenal Newman.

Pbro. Fernando María Cavaller

Oxford International
NEWMAN
CONFERENCE

10-13 August 1998



**NEWMAN AND
THE WORD**

ORIEL COLLEGE,
OXFORD, UK

OXFORD INTERNATIONAL NEWMAN CONFERENCE

Lugar: Oxford, Inglaterra,
Fecha: del 10 al 13 de agosto de 1998,
Tema:

“Newman y la Palabra”

Este Congreso sigue al que se realizó en 1995.

Organizadores :
Rev. Dr. Ian Ker
Dr. Terrence Merrigan

Conferencistas incluidos (hasta ahora):

Gabriel Daly, Luis Dupré, Ian Ker, Fergue Kerr, Alister McGrath, Terrence Merrigan, William Myers, David Tracy, T.T.Wright

El Congreso aspira a reflexionar sobre la continua significación de la obra de Newman, especialmente en su relación con los desarrollos contemporáneos en materia de religión, teología, filosofía y literatura. El tema de este Congreso es "Newman y la Palabra". La "palabra" estuvo en el corazón de los empeños de Newman como predicador y como escritor, mientras que la "Palabra hecha carne" fue el objeto primario de su fe como cristiano. El Congreso aplica estos temas desde una perspectiva interdisciplinaria.

El programa diario incluirá conferencias plenarias por la mañana, y ponencias más breves por la tarde. Habrá amplia oportunidad para el intercambio de información y opiniones, para la discusión informal y el encuentro personal. Se organizará una visita de Littlemore.

Los delegados podrán ir libremente a la Iglesia de la Universidad, Santa María Virgen, durante su estadía en Oxford. Los delegados residirán y comerán en el Oriel College. Podrán visitar las habitaciones que ocupó Newman y el famoso Common Room.

El Congreso terminará después del almuerzo del jueves 13 de agosto.

Costo del Congreso y reservas
El costo total por persona es de 380 libras esterlinas ó 650 dólares.

Esto incluye :

- habitación simple en el Oriel College de Oxford, desde el Lunes 10 al jueves 13 inclusive.

- todas las habitaciones son en suite.

- Pensión completa (desayuno, café a media mañana, almuerzo, te y cena)

- una excursión a Littlemore.

- todas las conferencias, ponencias y el programa del Congreso.

Existe la opción de una tarifa diaria de 45 libras por persona, aunque hay un número de lugares muy limitado.

También hay una tarifa especial para estudiantes. Los detalles pueden obtenerse del Oxford Conference Management.

Reservación :

Se hará en el Seminar Room 1 del Oriel College, en los siguientes horarios :

Lunes 10 : de 12.00 a 18.00 hs.

martes 11 : de 8.00 a 8.45 hs.

miércoles 12 : de 8.00 a 8.45 hs.

jueves 13 : de 8.00 a 8.45 hs.

El siguiente es el Formulario de Reserva que nos envían desde Oxford :



Oxford International Newman Conference
NEWMAN AND THE WORD
Oxford 10-13 AUGUST 1998

REGISTRATION FORM

I wish to register for this conference

I enclose a cheque (payable to *The Newman Conference*)

for £50 (non-refundable deposit)

for £380 total registration fee

OR for US\$95 (non-refundable deposit)

for US\$650 total registration fee

NOTE: The deposit fee of £50 or US\$95 will be deducted from the final conference fees, and is non-refundable in the event of cancellation.

Early registration is advisable as places are limited.

Do you have any special dietary requirements? _____

Do you have special need because of disability? _____

Please complete the form, in **BLOCK LETTERS** and return it, together with your remittance, to the address given below:

Title: _____ Name: _____

Address: _____

Tel./Fax No: _____

Email: _____

Signed: _____ Date: _____

PLEASE RETURN THIS FORM TO:

MRS PRISCILLA FROST
OXFORD CONFERENCE MANAGEMENT LTD
10b LITTLE GATE STREET
OXFORD OX1 1QT

Tel: +44 (0)1865 794727, Fax: +44 (0)1865 794695

Email: enquiries.oxconf@pop3.hiway.co.uk

Parochial and plain sermons, vol. IV 12, p. 185 a 199
Oxford, 22 de octubre de 1837

La Iglesia, un hogar para los solitarios

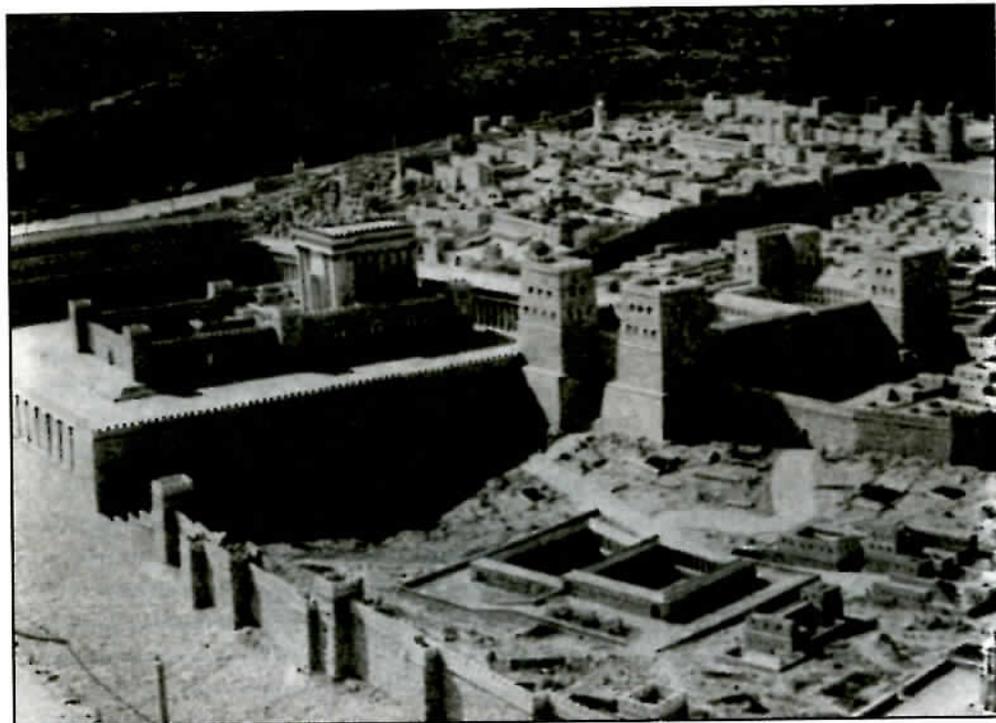
Traducción: Silvia Rodríguez Quiroga

*“Y con Él nos resucitó y nos hizo sentar
en los cielos en Cristo Jesús” (Ef 2,6)*

De haber seguido desde nuestra juventud la dirección de la gracia de Dios, deberíamos, sin pensar y sin grave esfuerzo, comprender que el cielo es una realidad que reclama nuestro más elevado amor y perseverantes esfuerzos. Tal es sin duda la bendición de algunas personas, de tal grado quizás es la bendición de muchos. Hay quienes habitan, como Samuel, en el Templo de Dios, santos e inmaculados desde la infancia, y quienes, como Juan Bautista, son santificados por el Espíritu Santo, no ya en el vientre materno como él, sino desde su segundo nacimiento en el santo Bautismo. Y hay otros que poseen este gran don en mayor o menor grado, en quienes la luz divina fue preservada, aunque haya estado latente, no apagada o vencida por pecado manifiesto, aunque no fuese desde el principio debidamente apreciada y cuidada. Muchos hay, como es de esperar, que guardan sin mancha su ropaje bautismal, aunque el viento y la tormenta de este mundo, y el polvo de la dejadez y del descuido, lo hayan descolorido por un momento, hasta que oportunamente despiertan de sus sueños y, antes de ser muy tarde, le dan a Dios su corazón.

Ninguno de ellos, lo haya seguido desde la infancia, desde la niñez, desde la juventud o desde la incipiente madurez, se desposó jamás con este mundo; jamás le entregaron su corazón o consagraron su obediencia o cometieron tontearías en asuntos temporales o sensibles. Y es por eso que son capaces, por el real poder de la gracia de Dios -como les fue participado mediante las pautas del Evangelio- de comprender que la promesa del cielo es la mayor, la más bendita promesa que pudo ser dada.

Otros se desvían de Dios y caen en corrientes de obstinado pecado, y por supuesto pierden la luz divina originalmente sembrada, y si se recuperan, se recuperan por una más severa disciplina. Ellos se recuperan por recibir frustración y sufrimiento por parte de lo que han esperado les traiga el bien. Ellos no aprenden a amar a Dios y valorar el cielo por la gracia bautismal sino por la experiencia del mundo; buscan el mundo y por el mundo son conducidos de regreso a Dios. El mundo está bendecido para ellos, por la bondadosa providencia de Dios, como un instrumento de su gracia, transformado de malo en bueno, como un segundo sacramen-



Reconstrucción del Templo de Jerusalén en tiempos de Jesucristo (el Segundo Templo). A la derecha, en el centro, la Torre Antonia.

to, rehaciendo lo que fue hecho en la infancia y deshecho luego. Ellos son llevados a decir, con San Pedro, "Señor ¿a quién iremos?", ya que han probado el mundo y este les ha fallado, han confiado en él y los decepcionó, en él se han apoyado y los ha transpasado, han suspirado por su indulgencia y los ha azotado con penitencia. ¡Oh bendita suerte la de aquéllos cuyos extravíos, aunque extraviándose, así se dominan, pues lo que perdieron del gratuito don de Dios, lo recuperan por sus forzados remedios!

Mas casi todos los hombres, hayan o no sido movidos a retornar a Dios por ese medio, por experiencia sentirán y confesarán en breve tiempo que el mundo es insuficiente para su felicidad, y de acuerdo a eso buscan medios para proveer su necesidad, aunque no acudan a la religión para eso. Aun sin llegar a aceptar el remedio de Dios, confiesan que se precisa algún remedio y recurren a lo que piensan que lo será. Aún no amando a Dios y su santo cielo, aun así encuentran que no se pueden contentar con el mundo o apostar totalmente su suerte a él, como desearían. Esto me conduce al asunto que me propongo considerar, como queda sugerido por

el texto, esto es, la necesidad a que se encuentra sujeta la humanidad, de tener alguna protección, refugio, descanso, hogar o santuario con respecto al mundo exterior, y el amparo o secreto lugar que Dios ha provisto para ella en Cristo.

Por "mundo" considero todo lo que un hombre encuentra en correspondencia con sus semejantes, en público o en privado, todo lo que es nuevo, extraño, que no está en conexión con su naturaleza. Este mundo externo es a primera vista más atractivo y excitante para la generalidad de los hombres. Los jóvenes comúnmente desean entrar en él como si pudiera colmar sus deseos y esperanzas. Desean entrar en la vida, como se suele decir. Sus corazones latén al anticipar el tiempo en que serán, en un sentido u otro, sus propios señores. En casa o la escuela están en estado de sujeción y por eso ansían la libertad del mundo y la independencia en él como un gran bien. Según su rango en la vida desean entrar en servicio o en negocios, o ser jefes en el comercio, o desean ingresar al mundo de las diversiones y alegrías, o aspiran con interés a una profesión o empleo que atrae su ambición y promete distinción.

Y cuando su deseo está satisfecho, por un tiempo quizás todas las cosas vayan como deben ir. Hay tal novedad e interés por lo que sucede en el exterior, que se ven a sí mismos como en un nuevo estado de existencia y por una u otra vía "se regocijan de su juventud".

Felices los que están situados de otro modo, porque después de todo, existe un número de quienes se puede decir que no tienen juventud. Quienes por débil salud, o circunstancias difíciles, o por superiores adversos, o por aflicción de familia, u otras causas, aunque estando en el mundo, no han estado para nada expuestos a todas sus seducciones o nada vieron en él que los deleitara o atrapara su imaginación o razón. La providencia divina dispuso eso para ellos, de modo que sean cuales sean sus peculiares pruebas y tentaciones, no provengan de los goces u ocupaciones de la vida. Desde el comienzo sólo han tenido experiencia del mundo como duro maestro y nada le deben.

Cualquiera sea nuestra suerte, haber tenido o no deleite del mundo, o no haber tenido su tentación, o no haberla sentido, o haberla sentido y vencido, o haberla sentido y haber sucumbido, todo hombre, religioso o no, observa en corto tiempo que el mundo es insuficiente para su felicidad y busca en cualquier otra parte su reposo.

Seguramente este es el caso, en cualquier forma, de todos nosotros.

El mundo exterior resulta insuficiente al hombre, que busca algún refugio próximo, más íntimo, más secreto, más puro, calmo y estable. Esta es una razón primordial y muy loable de por qué un gran número de la mejor clase de hombres miran el matrimonio como mayor objetivo de la vida. Lo llaman "estar establecido", y así es. La mente no halla nada que la satisfaga en las ocupaciones y entretenimientos de la vida, en sus excitaciones, agitaciones, ansiedades, esfuerzos, metas ni victorias. Suponiendo que alguien haga dinero, progrese en la vida, ascienda en la sociedad, gane en poder, en una esfera más alta o más baja, esto no basta. Desea un hogar, desea un centro donde pueda poner sus pensamientos y afectos, un cobijo que pueda consolarlo ante los problemas del mundo y que pueda ser su refugio y soporte donde vaya, y

esté en su corazón aunque no lo pronuncie con su lengua.

El mundo puede seducir, puede aterrorizar, puede desorientar, puede esclavizar, pero lo que realmente no puede es inspirar confianza y amor. No hay descanso para nosotros, excepto en la quietud, confianza y afecto; y a partir de aquí todos los hombres, sin tener en cuenta la religión, buscan formar un hogar propio, como única necesidad de su naturaleza, o son infelices al vivir sin tenerlo. De este modo testifican contra el mundo, aunque sean hijos del mundo; testifican contra él al igual que los más felices y los más abnegados, que por la fe han vencido al mundo.

Entonces aquí nos encuentra Cristo, fatigados de ese mundo en el cual estamos obligados a vivir y actuar, siendo de buena o de mala gana esclavos suyos. Nos encuentra necesitando y buscando un hogar, y tratando de encontrar unidad como mejor podemos, por medio de las creaturas, ya que es todo lo que podemos hacer. El mundo en el cual nuestros deberes reposan es tan desolado como el desierto, tan inquieto y turbulento como el océano, tan inconstante como el viento y el clima. Carece de sustancia, es sólo como una sombra o fantasma. Cuando uno lo sigue, lo trata de asir, se escapa o es malicioso y causa perjuicio. Necesitamos algo que el mundo no puede dar: esto es lo que necesitamos, y es lo que el Evangelio ha aportado.

Digo que nuestro Señor Jesucristo, después de morir en la cruz por nuestros pecados, y ascender a las alturas, no dejó el mundo como lo encontró, sino que dejó una bendición detrás suyo. Dejó en el mundo lo que antes no había en él: una secreta morada, para gozar de la fe y el amor, dondequiera se los encuentre, en despecho del mundo que nos rodea. ¿Se preguntan ustedes qué es esto? El capítulo del que el texto está tomado lo describe. El habla de "el cimiento de los Apóstoles y Profetas, siendo Jesucristo mismo la piedra angular", de "la edificación bien trabada" y "elevándose hasta formar un Templo Santo en el Señor", de "una Morada de Dios en el Espíritu". Es la Iglesia de Dios, que es el verdadero Hogar que Dios nos provee, su propia corte celeste, donde mora con los Angeles y los Santos, en que nos introduce por un

nuevo nacimiento y en que olvidamos el mundo exterior y sus muchos problemas.

Los judíos tenían un refugio de este tipo en su Templo material, aunque por supuesto era inferior al que ha proporcionado Cristo. Tres veces al año los varones de todas las regiones subían a Jerusalén para presentarse en él delante de Dios, y aún a ciertas personas santas se les permitía vivir en él. Esto sucedió con el Profeta Samuel en su juventud y con la profetisa Ana en su vejez, sin contar a Sacerdotes y Levitas, que estaban allí por oficio. El Templo se erguía majestuoso y bello en el Monte Sión, atraía al adorador, lo acogía, lo ocultaba del mundo exterior, con todas sus miserias y ofensas, y lo introducía de inmediato en la Presencia de Dios.

No causa asombro entonces que David hable sobre él con tan devota afección, y con tanta congoja y vehemencia al estar lejos. El dice: "¡Qué amables son tus moradas, Señor de los ejércitos, mi alma desea y añora entrar en los atrios del Señor; mi corazón y mi carne se regocijan en el Dios vivo... Benditos los que viven en tu casa, ellos estarán siempre alabándote... Un día en tus atrios es mejor que mil afuera. Yo prefiero ser un portero en la casa de mi Dios, que habitar en las tiendas de los impíos". Y también: "Mi alma está sedienta de Dios, del Dios viviente: ¿cuándo llegaré a comparecer ante la presencia de Dios?". "Envíame tu luz y tu verdad, que ellas me guíen y me lleven hasta tu santa montaña, a tu morada; y que yo pueda ir hasta el altar de Dios, al Dios de mi regocijo y alegría, y al son del arpa te daré gracias, Oh Dios, mi Dios". Y además: "¡Oh, contemplad ahora al Señor, todos los siervos del Señor; vosotros que por las noches estáis en la casa del Señor, en los atrios de la casa de nuestro Dios. Alzad vuestras manos en el santuario, y alabad al Señor" (Ps. 84; 42; 43; 134).

Así era el Templo judío, pero al ser visible y material -además de otras deficiencias- estaba limitado a un lugar. No podía ser un hogar para el mundo entero, ni siquiera para una nación, sino sólo para pocos de una multitud. En cambio el Templo cristiano es invisible y espiritual, y por eso puede estar en todo lugar. "El Reino de Dios -dice nuestro Salvador, al hablar sobre él- viene sin que lo vean, nadie puede decir ya está aquí o ya está allí; escuchad, el reino de Dios

dentro de vosotros está". (Lc.17,20-21) Y a la mujer samaritana: "Ya llega la hora, y es ésta, en que los verdaderos adoradores adorarán al Padre en Espíritu y en verdad, porque el Padre así quiere que lo adoren. Dios es Espíritu y los que lo adoran deben adorarlo en espíritu y en verdad". (Jn.4,21-24) "En espíritu y en verdad", pues de no ser invisible su Presencia, podría no ser real. Lo visible no es real, lo que es material se disuelve, lo que está en el tiempo es temporario, lo que es local es sólo parcial.

Pero el Templo cristiano está dondequiera que los cristianos se encuentren en el Nombre de Cristo. Es tan pleno en cada lugar como si no estuviera en ningún otro, y podemos entrar en él, y presentarnos entre sus sagrados habitantes, la familia celestial de Dios, tan realmente como el adorador judío acudía a los atrios visibles del Templo. Nada vemos, pero esto, repito, es condición necesaria para estar en todo lugar. Nada vemos, pero gozamos de todo.

Y así fue establecido previamente a nosotros en el Antiguo Testamento, si bien en profecía o por ocasional anticipo, Isaías profetizó que "sucederá en días futuros que la Montaña de la Casa del Señor será asentada por encima de las colinas y todas las naciones confluirán hacia ella" (Is.2,2) y esto fue mostrado de antemano a Jacob cuando vio en su sueño "una escalera (Gén.28,12) apoyada en tierra y cuya cima tocaba los cielos, y he aquí que los ángeles de Dios bajaban y subían por ella". Y al siervo de Eliseo cuando "el Señor abrió los ojos del joven hombre (2 Re.6,17)... y vió que la montaña estaba colmada de caballos y carros de fuego alrededor de Eliseo".

Estos fueron adelantos de lo que iba a darse establemente a partir de que Cristo vino y "abrió el reino de los cielos a todos los que creen". Y en qué consiste esta apertura, lo dice San Pablo: "Han llegado hasta el Monte Sión, hasta la ciudad del Dios vivo, la Jerusalén celestial; a la innumerable compañía de los Angeles, a la asamblea de todos y la iglesia de los primogénitos que están inscritos en el cielo; y hasta Dios, Juez de todos; a los espíritus de los justos que han sido salvados; hasta Jesús, el Mediador de la Nueva Alianza, y la sangre de la aspersion". Estos son los moradores de nuestro sagrado hogar:

Dios mismo, Cristo, la asamblea de los primogénitos, los Apóstoles, los Angeles, y los espíritus de los justos. Siendo así, no asombra que el texto hable de la Iglesia como del cielo sobre la tierra, diciendo que Dios "nos ha vivificado junto a Cristo... y unidos nos resucitó e hizo sentar en los cielos consagrados en unión con Cristo Jesús".

Aquello que, pues, ha sido el Templo para los judíos, eso y mucho más es el reino de los cielos para nosotros. Es realmente un refugio y un lugar escondido como el de ellos y deja fuera el mundo. Cuando los hombres están afligidos por ansiedad, inquietud y fracasos ¿qué hacen?: se refugian en sus familias, se rodean de las caridades de la vida doméstica y se construyen un mundo interior en que sus afectos puedan reposar. Este fue el don que los hombres inspirados anticiparon, y que nosotros disfrutamos en la Iglesia cristiana. "Ocúltame -ora el Salmista- de la asamblea de los arrogantes y de la turba de los que obran el mal". "Guárdame como a la niña de tus ojos, escóndeme a la sombra de tus alas del malvado que me aflige". "Bendito es el hombre a quien Tú elegiste y acogiste a tu lado, él vivirá en tu morada y gozará de las delicias de tu casa, de tu santo Templo. Nos mostrarás las maravillas de tu justicia, oh Dios de nuestra salvación". Y también: "Una cosa deseo y ruego al Señor: vivir en la casa del Señor todos los días de mi vida y contemplar la hermosura del Señor y visitar su Templo. Pues en los tiempos de tribulación El me esconderá en su Tabernáculo, sí, en su morada íntima me esconderá y me asentará sobre una roca". Además: "Tú eres un lugar para que me refugie en él. Tú me preservarás de la dificultad". Una vez más: "¡Oh qué abundante es tu bondad, la que Tú has reservado para los que te temen... Tú los esconderás en lo secreto de tu presencia de las intrigas de los hombres; Tú los pondrás a cubierto en tu Tabernáculo, lejos de la maledicencia. Demos gracias al Señor, porque El me ha brindado las maravillas de su gran bondad en la ciudad fuerte".

Así hablan los Profetas, como dice el Profeta Isaías: "He aquí que un rey reinará según el derecho y un príncipe gobernará según el juicio, y todos serán como un sitio protegido del viento, a salvo de la tempestad, como ríos de agua en el

desierto, como la sombra de una gran roca en una tierra reseca". Y de nuevo: "Tú has sido la fuerza para el pobre, la fuerza para el necesitado en su miseria, un refugio de la tormenta, una sombra en el ardor...en esta montaña reposará la mano del Señor". "Tenemos una ciudad fuerte, para protección pondrá Dios murallas y baluartes. Abrid los portones para que pueda entrar el pueblo que guarda la verdad; Tú guardarás en paz perfecta al que afirmó en Ti su alma, porque en Ti confió". "La obra de la justicia será la paz y el fruto del derecho la tranquilidad y seguridad perpetuas. Y mi pueblo habitará en un albergue de paz, en seguras moradas y en tranquilas posadas; cuando se derrame desde lo alto y bajando de la foresta". Con lo que concuerdan muchos textos del Nuevo Testamento, como las palabras de san Pablo a los Colosenses: "Vuestra vida está escondida con Cristo en Dios." (Ps. 64, 17, 65, 27, 32, 31. Is. 32, 25, 26. Col.3)

Ahora, lo dicho, si bien es poco comparado con lo que podría agregarse sobre el tema, puede bastar para sugerirnos lo que podemos gozar si buscamos habitar en la casa celestial en medio de este mundo turbulento. El mundo no representa ayuda para el hombre, el auxilio que necesita. Nadie, varón o mujer, puede permanecer solo; así estamos constituidos por naturaleza, y el mundo, en vez de ayudarnos, es un franco adversario. Sólo acrecienta nuestra soledad. Eliseo gritaba: "Quedo yo solo y buscan mi vida para quitármela" (1 Re.19,10) ¿Cómo le respondió Dios Todopoderoso? Diciéndole benignamente que se había reservado un resto de siete mil verdaderos creyentes.

Esta es la verdad bendita que El nos trae también a nosotros. Podremos estar colmados de tristeza, podrá haber luchas fuera y temores dentro, podremos estar expuestos al enojo, censura o desprecio de los hombres. Podemos ser desechados por ellos, o considerando el caso más leve, podemos ser (como ciertamente seremos) desgastados por la inutilidad de este mundo, por su frialdad, por su falta de amistad, distancia y tristeza. Necesitaremos algo más cercano a nosotros.

¿Cuál es nuestro recurso? No está en manos humanas, en la carne o sangre, en la voz de un amigo, o en un amable rostro. Es aquel santo ho-



Los ángeles vistos por Dante. Ilustración de Gustavo Doré para "La Divina Comedia".

gar que Dios nos dio en la Iglesia, es la Ciudad eterna en la que El ha fijado su residencia. Es el Monte invisible desde el que los Angeles nos miran con ojos atentos y nos llaman las voces de los muertos. "Más grande es Aquél que está en nosotros que el que está en el mundo". "Si Dios está con nosotros ¿quién podrá estar en contra nuestro?".

¡Gran privilegio, por cierto, si tan sólo comprendiéramos su grandeza! El hombre busca la creatura, cuando el mundo lo aflige. Busquemos al Creador, busquemos al Señor y su fuerza, "busquemos su rostro por siempre jamás". Dejemos el mundo, refugiémonos en la morada donde El habita, escondámonos de la tierra y desaparezcamos en el reino espiritual de nuestro

Dios. ¡Gran provecho en verdad, más allá de lo que pensamos, la de aliarnos con lo más alto de la creación de Dios en vez de tomar nuestra porción de lo más bajo! ¿Qué más que esto podemos querer para satisfacer nuestros reales deseos o nuestros propios sentimientos sobre ellos? ¿Necesitamos ayuda y bienestar? ¿Puede algo de este mundo darnos tanta fuerza como El, que está presente en el Santuario que dió? ¿Necesitamos imágenes e ideas para colmar nuestra mente de ánimo y bienestar, como imaginarios compañeros en los que podremos pensar y establecernos, y con quienes estar en comunión y unidos?

¿Qué compañía puede ser más gloriosa, más satisfactoria que la que pueden dar los habitantes de la Ciudad de Dios que San Pablo enumera? Abandona, pues, este escenario terreno, oh alma virgen, aunque sea más atractivo y exitoso. Apunta a un botín más alto, a una compañía más noble. Entra en el Tabernáculo de Dios. "Los que moran al amparo del Altísimo, vivirán a la sombra del Todopoderoso...El te amparará bajo sus alas y estarás a salvo bajo sus plumas. No temerás ningún terror de noche ni de día la flecha que vuela. Irás junto al león y la víbora, al joven león y al dragón pisarás bajo tus pies". El Demonio puede hacer lo peor: puede afligirte con pena, puede herirte, puede transpasarte, puede paralizarte, en relación a este mundo, pero no puede tocarte en lo espiritual, no tiene poder sobre ti para llevarte al pecado y al desagrado de Dios.

¡Oh alma virgen, es ésta tu estancia en el día oscuro! Cuando estés harta del mundo ¿a quién irás? A ninguna parte lejos de El, que es el Celestial Esposo de toda alma fiel. Ríndete a El libremente y sin doblez. "El te traerá a la casa del banquete y su señal sobre ti será el amor. El hará que te sientes bajo su sombra con gran deleite y será dulce a tu gusto el fruto". No necesitarás codiciar más nada en la tierra, estarás colmado y abundarás; casas y tierras y hermanos, y padres, y esposa, e hijos, no son sino apariencias por "el especial don de la fe, más aceptable a tus ojos". (Sab.3,14)

Aunque estés en un cuerpo de carne, un miembro de este mundo, no tienes sino que arrodillarte reverentemente en la oración, y estarás enseguida en la sociedad de los Santos y los

Angeles. Dondequiera que te halles, puedes, por la incomprendible misericordia de Dios, acercarte al seno de la Santa Iglesia invisible de Dios, y recibir secretamente esa ayuda cuyo sólo pensamiento es ya una actual y sensible bendición. ¿Estás afligido?: puedes rezar. ¿Estás feliz?: puedes cantar salmos. ¿Estás sólo? ¿Transcurre pesadamente el día?: cae de rodillas y tus pensamientos se aliviarán por la idea y la realidad de tus invisibles compañeros. ¿Estás tentado de pecar?: piensa firmemente en quienes acaso vean tus obras desde la secreta morada de Dios. ¿Has perdido a tus amigos?: gánalos por la fe. ¿Te han calumniado?: tienes los elogios de los Angeles. ¿Estás enjuiciado?: tienes su aprobación.

Pensamientos como estos, pueden, mis hermanos, calar muy hondo en sus corazones, y traer muy gran fruto de felicidad y de constancia en la obediencia. Cualquiera haya sido su vida pasada, si (bendito sea Dios) nunca han confiado sino en la sagrada luz de Dios en su interior, o si han confiado en el mundo y éste les ha fallado, las gracias del Señor en Cristo se les ofrecen aquí con toda abundancia. Vengan hasta El por ellas, acérquense a El como El ha indicado, y lo encontrarán como ha dicho, sobre su Santa Montaña de Sión. No permitan que los pecados pasados los mantengan alejados de El. Cualquiera sean, no pueden interferir con su gracia, almacenada para todos los que vienen hasta El a buscarla. Si en años pasados han descuidado de El, acaso tendrán que sufrir por eso; pero no teman: El les dará la gracia y el vigor para soportar el castigo que quiera infligir. No dejen que el pensamiento de su justa severidad los mantenga a distancia. Aun del dolor El puede hacer algo gustoso para ustedes. Alejarse de El no es escaparse de su poder: sólo de su amor. Ríndanse ante El en la fe y el santo temor. El es Todo-misericordioso, Todo-justo, y aunque es temible en sus juicios, es sin embargo más asombrosamente piadoso y de una tierna compasión, por encima de nuestras mayores expectativas. Y para todos los que lo buscan con humildad, El "recordará en la cólera la misericordia". □

Cuatro Meditaciones

De "Meditaciones sobre la Doctrina Cristiana"
(Meditations on Christian Doctrine) n° XIV

El Santo Padre nos ha pedido este año, reflexionar sobre la persona del Espíritu Santo y ahondar su devoción. Hagámoslo de la mano de Newman, quien desde joven oró al Espíritu de Amor, dejándonos estas piadosas meditaciones, que escritas después de su conversión, son, a juicio de muchos, su obra católica que más se aproxima al carácter de sus sermones anglicanos. Ya hemos publicado algunas, y seguiremos adelante, pues son un verdadero testamento espiritual de Newman, que gracias al Padre Neville fueron recopiladas y dadas a la imprenta inmediatamente a su muerte.

El Paráclito

1. Te adoro, mi Dios y Señor, el Eterno Paráclito, igual al Padre y al Hijo. Te adoro como la Vida de todo lo que vive. Por Ti todo el Universo material se mantiene unido y consistente, permanece en su lugar y se mueve internamente en el orden y reciprocidad de sus distintas partes. Por Ti la tierra fue traída a su presente estado, y madurada a través de los seis días para ser habitable por el hombre. Por Ti, todos los árboles, hierbas y frutos crecen y son perfeccionados. Por Ti la primavera llega después del invierno y renueva todas las cosas. Ese maravilloso y bello estallido de nueva vida, a pesar de todos los obstáculos, ese tremendo triunfo de la naturaleza, no es sino Tu gloriosa Presencia. Por Ti viven día a día el gran número de animales, tomando su aliento de Ti. Tú eres la vida de toda la creación, Oh Eterno Paráclito, y si lo eres de este marco material y animal, ¡cuánto más del mundo espiritual! Por Ti, Señor Todopoderoso, los ángeles y santos Te cantan oraciones en el cielo. Por Ti las almas de nuestros muertos se apresuran a servirte. De Ti viene todo buen pensamiento y deseo, todo buen propósito, todo esfuerzo bueno, todo éxito bueno. Es por Ti que los pecadores son convertidos en santos. Es por Ti que la Iglesia es renovada y fortalecida, que los campeones de la fe aparecen sucesivamente, y los mártires son llevados hasta su coronamiento. Por Ti nacen nuevas órdenes religiosas y nuevas devociones en la Iglesia, nuevas naciones son agregadas a la fe, y se dan nuevas manifestaciones y esclarecimientos al viejo credo Apostólico. Te alabo y adoro, mi Dios y Señor Soberano, Espíritu Santo.

2. *Te adoro, temido Señor, por lo que Tú has hecho por mi alma. Conozco y siento, no solamente como asunto de fe sino de experiencia, que no puedo tener un solo buen pensamiento o hacer un acto bueno sin Ti. Sé que si intento cualquier cosa buena por propia fuerza, fracasará ciertamente. Tengo amarga experiencia de ello. Mi Dios, estoy seguro solamente cuanto Tú soplas sobre mí. Si retiras Tu aliento, en el acto mis tres enemigos mortales me asaltan y vencen. Soy tan débil como el agua, completamente impotente sin Ti. Al minuto que cesas de actuar en mí, comienzo a languidecer, a jadedear, y a desmayar. De mis buenos deseos, cualesquiera sean, de mis buenos anhelos, aspiraciones, intentos, éxitos, hábitos y prácticas, Tú eres la sola causa y fuente continua y presente. No tengo nada que no haya recibido, y afirmo ahora solemnemente en Tu presencia, Oh Paráclito Soberano, que no tengo nada de qué gloriarme y todo para ser humillado.*

3. *Oh mi amado Señor, qué misericordioso has sido conmigo. Cuando era joven, persiste en mi corazón una devoción especial a Ti. Me has tomado en mi juventud y no me abandonarás a mi edad. No por mis méritos, sino por Tu libérrimo y generoso amor persiste buenas resoluciones en mí cuando era joven, y me volviste hacia Ti. Nunca me abandonarás. Así confío seriamente, nunca sin la temerosa provocación de mi parte. Aun así, confío y rezo para que Tú me guardes de tal provocación. Oh, guárdame de la seducción de la tibieza y la pereza. Oh mi amado Señor, guíame adelante de fortaleza en fortaleza, suavemente, dulcemente, tiernamente, amorosamente, poderosamente, efectivamente, recordando mi displicencia y flojedad, hasta que me llesves a Tu cielo.*

El Paráclito, la vida de la Iglesia

1. *Te adoro, Oh mi Señor, Tercera Persona de la Santísima Trinidad, Tú que has establecido en este mundo de pecado una gran luz sobre un monte. Tú has fundado la Iglesia, la has establecido y la mantienes. La colmas continuamente con Tus dones, que los hombres puedan ver, ser atraídos cerca, llevar y vivir. De esta manera Tú has bajado el cielo a la tierra, pues has establecido una gran compañía que los Angeles visitan por la escala que el Patriarca contempló en la visión. Por Tu Presencia has restaurado la comunión entre Dios, arriba, y el hombre, abajo. Tú le has dado esa luz de la gracia que es el comienzo de la luz de la gloria, y es una con ella. Te adoro y alabo por Tu infinita misericordia hacia nosotros, Oh mi Dios y Señor.*

2. Te adoro, Señor Todopoderoso, Paráclito, porque en Tu infinita compasión me has traído dentro de esta Iglesia, obra de Tu poder sobrenatural. No reclamé de Ti tan maravilloso favor, por encima de cualquier otro en el mundo entero. Había muchos hombres mejores que yo por naturaleza, dotados con talentos naturales más halagüeños y menos manchados con el pecado. Sin embargo, Tú, en Tu inescrutable amor por mí, me has elegido y traído a Tu rebaño. Tú tienes una razón para cada cosa que haces. Sé que debe haber habido una razón sapientísima, como decimos en lenguaje humano, para haberme elegido a mí y no a otro, pero sé que esa razón fue algo externo a mí mismo. No hice nada hacia ella; hice todo contra ella. Hice todo para frustrar Tu propósito. Y por eso debo todo a Tu gracia. Debería haber vivido y muerto en la oscuridad y el pecado; debería haber llegado a ser cada vez peor cuanto más viví; debería haber tenido que odiar más y abjurar de Ti, Oh Fuente de mi bienaventuranza; debería haberme hecho cada año más apto para el infierno, y al final habría llegado allí, si no fuera por Tu incomprensible amor por mí. Oh mi Dios, ese amor arrollador me cautivó. ¿Fue alguna juventud tan impía como algunos años fue la mía? ¿No te desafié, de hecho, a hacer lo que quisieras? Ah, cómo luché para verme libre de Ti; pero Tú eres más fuerte que yo y has prevalecido. No tengo una palabra para decir, sino doblegarme con temor reverencial ante las profundidades de Tu amor.

3. Y luego, con el correr del tiempo, pausada pero infaliblemente, Tu gracia me introdujo en Tu Iglesia. Ahora pues, Señor, dame esta última gracia: usar bien todas estas gracias y dirigirlas a mi salvación. Enséñame, haz que llegue continuamente a las fuentes de la misericordia, con una mente despierta y anhelante, y con vívida devoción. Dame amor a Tus sacramentos y mandamientos. Enséñame a valorar como debo, a apreciar como la perla inestimable, ese perdón que una y otra vez Tú me das, y el gran don celestial de la Presencia de Aquél, cuyo Espíritu eres, sobre el Altar. Sin Ti nada puedo hacer, y Tú estás allí donde está Tu Iglesia y Tus sacramentos. Dame la gracia de descansar en ellos para siempre, hasta que se pierdan en la gloria de Tu manifestación en el mundo venidero.

El Paráclito, la vida de mi alma

1. Mi Dios, Te adoro por tomar sobre Ti la carga de los pecadores; de aquellos que no sólo no pueden servirte, sino que continuamente te apenan y profanan. Tu has tomado sobre Ti el oficio de ministro, y eso por quienes no lo pidieron. Te adoro por Tu incomprensible condescendencia en ayudarme. Sé y siento, Oh mi Dios, que Tú deberías haberme dejado, como yo quise ser dejado, seguir mi propio camino, ir derecho en mi

testarudez y autoconfianza hasta el infierno. Tú deberías haberme dejado en esa enemistad contigo que es en sí misma muerte. Yo debería al fin haber muerto con la muerte segunda, y no haber tenido a nadie a quien culpar sino a mí mismo. Pero Tú, Oh Eterno Padre, has sido más bueno conmigo que lo que yo soy a mí mismo. Me has tomado, has echado a raudales Tu gracia sobre mí, y por eso vivo.

2. Mi Dios. Te adoro, Oh Eterno Paráclito, luz y vida de mi alma. Deberías haber estado contento con darme meramente buenas sugerencias, gracia inspiradora y ayuda interior. Me habrías llevado así adelante, purificándome con Tu virtud interior, cuando cambiara mi estado de este mundo por el venidero. Pero en Tu infinita compasión, has entrado desde el principio en mi alma, y tomado posesión de ella. Me has hecho Tu templo. Habitas en mí por Tu gracia de una manera inefable, uniéndome a Ti y a toda la compañía de ángeles y santos. Más aún, como algunos han sostenido, Tú estás presente en mí, no sólo por Tu gracia, sino por Tu eterna substancia, como si, aunque sin perder mi propia individualidad, en cierto sentido fuera absorbido en Dios. Como has tomado posesión de mi mismo cuerpo, este terrenal, carnal y pobre tabernáculo, aun mi cuerpo es Tu Templo. ¡Oh sorprendente y tremenda verdad! ¡La creo, la sé, Oh mi Dios!

3. Oh mi Dios, ¿puedo pecar cuando Tu estás tan íntimamente conmigo? ¿Puedo olvidar quién está conmigo, quién está en mí? ¿Puedo expulsar al Divino Inhabitante por eso que El aborrece más que ninguna otra cosa, que es la única cosa en el mundo que le es ofensiva, la única cosa que no es de El? ¿No sería éste una clase de pecado contra el Espíritu Santo? Mi Dios, he tenido una doble seguridad contra el pecado; primero el terror de profanar todo lo que eres para mí en Tu misma Presencia; y luego porque confío que esa Presencia me preservará del pecado. Mi Dios, Tú te irás de mí si pecco; y seré dejado a mi propio ser miserable. ¡Dios no lo permita! Usaré lo que me has dado, Te llamaré cuando esté en la adversidad y en la tentación, me guardaré contra la pereza y el descuido en los que caigo continuamente. Por Ti jamás te abandonaré.

El Paráclito, la fuente del Amor

1. Mi Dios, te adoro como la Tercera Persona de la Santísima Trinidad, bajo el nombre de Amor. Tú eres ese Amor Viviente con el cual se aman mutuamente el Padre y el Hijo. Y eres el Autor del amor sobrenatural en nuestros corazones. Fons vivus, ig-

nis, caritas. Como un fuego descendiste del cielo en el día de Pentecostés; y como un fuego consumiste la escoria del pecado y la vanidad en el corazón, y encendiste la llama pura de la devoción y la bondad. Eres Tú quien unes el cielo y la tierra mostrándonos la gloria y la belleza de la Divina Naturaleza, y haciéndonos amar lo atractiva y extasiante que es en sí misma. Te adoro Fuego increado y eterno, por el cual viven nuestras almas, y sólo por el cual se hacen capaces para el cielo.

2. Mi Dios, el Paráclito, te reconozco como el Dador de ese gran don por el cual somos salvados: el amor sobrenatural. El hombre es, por naturaleza, ciego de corazón duro en todos los asuntos espirituales. ¿Cómo podría alcanzar el cielo? Es por la llama de Tu gracia, que lo consume en orden a rehacerlo, y así capacitarlo para gozar lo que sin Ti no puede gustar. Eres Tú, Omnipotente Paráclito, quien ha sido y es la fuerza, el vigor y la perseverancia del mártir en medio de sus tormentos. Tú eres la resistencia del confesor en sus largas, tediosas y humillantes fatigas. Tú eres el fuego por el cual el predicador gana almas, sin pensar en sí mismo, en su labor misionera. Por Ti despertamos de la muerte del pecado, para cambiar la idolatría a las criaturas por el amor puro al Creador. Por Ti vivimos en la atmósfera de la tierra, a prueba de su infección. Por Ti somos capaces de consagrarnos al ministerio sagrado, y cumplir con sus tremendas obligaciones. Por el fuego que has puesto bondadosamente en nuestro interior, oramos, meditamos y hacemos penitencia. Así como nuestros cuerpos no podrían vivir si el sol se extinguiera, así nuestras almas si Tú te fueras.

3. Santísimo Señor y Santificador mío, todo lo que hay de bueno en mí es Tuyo. Sin Ti sería cada vez pero a medida que pasan los años, y tendería a ser un demonio. Si soy totalmente distinto del mundo, es porque Tú me has elegido fuera del mundo, y has encendido el amor de Dios en mi corazón. Si soy distinto de Tus Santos, es porque no pido bastante seriamente Tu gracia, y gracia suficiente, y porque no hago mejorar diligentemente lo que me has dado. Aumenta en mí esta gracia de amor, a pesar de todas mis indignidades. Es más preciosa que cualquier otra cosa en el mundo. La acepto en lugar de todo lo que el mundo pueda darme. ¡Oh, dámela Señor! Es mi vida.

Traducción: P. Fernando María Cavaller

La muerte del gran amigo, Ambrose St John

Cuando se visita el cementerio del oratorio de Birmingham, en Rednal, llama la atención, en primer lugar, lo pequeño y pacífico de ese verde jardín sombreado de altos árboles. Sobre el césped, sólo las cruces indican que se trata de un campo santo. Esas cruces están rodeadas de un círculo, como coronadas de un halo, lo que hace pensar de inmediato en la santidad de los que aquí reposan y que poseen la promesa de la resurrección. La emoción nos invade al arrodillarnos ante la tumba del Venerable Newman y a ello se suma ver que la comparte con Ambrose St John. Así ha quedado simbólicamente sellada la gran amistad que los unió en vida.

Esa amistad empezó en la época de Littlemore, primero en la búsqueda de la verdadera iglesia y pronto con el paso a la Iglesia Católica. En este paso —que fue una especie de muerte a todo lo anterior— St John precedió a Newman apenas en pocos días. Y fueron él y Dalgairns quienes llevaron a Littlemore a fray Domenico Barbieri aquel 8 de octubre de 1845 para recibir a Newman en la Iglesia. A su vez, las fechas de la tumba indican que en ese otro paso —el de la muerte, pasando a la vida eterna— Ambrose se le anticipó en catorce años. Murió en la noche del 24 de mayo de 1875 (la antevíspera de la fiesta de San Felipe Neri, patrón del oratorio) a la edad de sesenta años. Newman tenía entonces 74 años; moriría a los 89, el 11 de agosto de 1890.

El tomo XXVIII de las cartas y diarios de Newman nos provee de todas las referencias necesarias para calar en esta gran amistad. Newman habla de su amigo como de un don de Dios y lo agradece al mismo tiempo que hace sentir el enorme dolor que le significó su pérdida.

A partir del 7 de mayo de 1875 todas las cartas de Newman se refieren a la súbita enfermedad que le sobrevino a su gran amigo y piden oraciones por él. A mrs. Wilberforce (viuda de Henry Wilberforce, otro discípulo y gran amigo de Newman desde la época anglicana), le confía el 9 de mayo desde el Oratorio de Birmingham:

"Me aflige decir que mi muy querido Ambrose St John, por exceso de trabajo, ha perdido el juicio. Su enfermedad se desarrolló a partir de una especie de insolación... pero la verdad es que había tenido demasiado trabajo, y grandes ansiedades..."

Sólo puedo decir «Señor, el que Tú amas está enfermo» y dejarlo en Sus manos. Tengo la sensación de que la pena va a matarme —pero no puedo ir más allá de dejarlo en manos de Dios. El sabe lo que ansío, pero ¿por qué habría de pedirle algo cuando El sabe lo que es bueno para todos nosotros?» (p. 294).

A partir del 12 de mayo, Newman envía sus cartas desde la granja "The Ravenhurst", propiedad de los oratorianos, explicando desolado:

"Lo hemos traído a esta granja y dos de nuestros servidores lo cuidan. Uno de sus amigos permanece noche y día con él —y yo vengo durante el día. Se está ha-



Ambrose St John (1815-1875).
De artista desconocido

ciendo todos lo posible, pero me desalienta verlo... No es el que era..." (p. 296).

A Mrs. Wilberforce le precisa el 13:

"Habla incesantemente, y el peligro es que se agote. Su vida depende del sueño y del alimento. Hace 48 horas que no duerme y habla sin parar -en general come bien. Al final de este estado viene la crisis -pensar en ello es terrible..." (p. 297).

Pero el 17 empieza una mejoría que llena de esperanzas a Newman, quien pide oraciones a todos por su completo restablecimiento. De modo que el desenlace lo toma exhausto y desprevenido. El 26 relata a Mrs. Wilberforce:

"Estaba cada día mejor. El médico quedó especialmente complacido de su estado la mañana del día en

que murió. Dijo que, aunque no podía hablar, entendía todo lo que le decíamos y podría recordarlo luego. Pero él parece haber sabido lo que iba a suceder. Al principio de su enfermedad me dio su testamento, me mostró cajones secretos... Y creemos que en su última noche -y día- él supo que llegaba su fin. Thomas Godwin, que usted recuerda desde hace 20 años como Hermano Federico, estaba sentado a su lado esa última noche. A la mañana Ambrosio le sonrió, le besó la frente -evidentemente estaba diciendo adiós. Dice (el Hermano) que la sensación que tuvo esa noche fue como estar velando ante el Santísimo Sacramento, tan evidente era que Dios estaba allí. Y estamos casi seguros que el último día se levantó para ir a la capillita que hay en esa casa, puesto que antes al doctor le susurró la palabra "capilla". En ese momento yo estaba escribiendo y oí un ruido. Su fuerza era grande y se había levantado de la cama; llegó hasta la puerta y la abrió a pesar del doctor Neville. Cuando me vio aparecer y lo reconvine... en seguida, evidentemente por obediencia, se dio vuelta y logré sentarlo al borde de la cama. Entonces puso con ternura su mano sobre mi cuello y me atrajo junto a sí, y así me tuvo bastante tiempo. Después me tomó la mano, sin soltarla. cuando lo dejé, alrededor de las 7, me sonrió con un gesto medio triste y algo perplejo. Cuando me fui, me volvió a llamar. Fue la última vez que lo vi vivo... A medianoche me llamaron para decirme que había empeorado, pero no hubo tiempo: ya se había ido.... Esa noche cuando me rodeó el cuello con su mano me dijo que a nadie había amado tanto como a mí..."

Amor y obediencia sumas. Tanto en las cartas como en un relato sobre la muerte de Ambrose St John, Newman puntualiza que fue siempre su servicial colaborador y que tomaba a su cargo las tareas más pesadas para aliviarlo. Justamente se había sobrecargado, antes de caer enfermo, haciendo una traducción del alemán para él. Newman subraya que St John asumía todos esos servicios con espíritu de obediencia, en cumplimiento de un voto realizado en 1845 (cuando ambos pasaron del anglicanismo al catolicismo).

"Desde el principio al fin, durante 30 años se consagró directamente a mí. Pocas semanas después de nuestra recepción (en la Iglesia Católica), cuando fuimos a Oscott el día de Todos los Santos para ser confirmados, le solicitó al Dr. Wiseman le permitiese hacer un voto de obediencia a mí. Yo no tenía ninguna posi-

ción importante en la Iglesia, por lo cual la respuesta fue que aquello era inusual e imposible; pero él siempre actuó como si hubiese hecho el voto..." (p. 412-413)

Nunca imaginó Newman que sobreviviría a su amigo menor. Sin embargo, reflexionando sobre ello, en carta del 31 de mayo a Lord Blachford, expresa:

"No puedo extrañarme de que, después de haberme sido dado durante treinta y dos años, me haya sido quitado. A veces he pensado que estoy destinado a sobrevivir a todos mis amigos como San Juan (Evangelista), mi santo patrón.

Desde el principio al fin me amó con una intensidad de amor que es inapreciable. En Roma, hace veintiocho años, estaba siempre pendiente de mí y aliviándose en mis problemas, de modo que, por ser joven y de aspecto sajón, los romanos lo llamaban mi Ángel Guardián. En lo que se refiere a este mundo, yo era lo primero y lo último para él. Ni una hora dejó de amarme, hasta su último suspiro..." (p. 305).

En sus cartas, Newman no sólo multiplica los testimonios de su gran devoción y fidelidad, sino también hace sentir que esta amistad es de aquellas que sólo pueden darse entre almas purificadas por la caridad, totalmente entregadas a Dios. He aquí otro ejemplo en carta del 26 de junio a Charles Seager:

"...la Providencia Misericordiosa me ha visitado en esta gran aflicción. Tengo más motivos para agradecerle por haberme dado esta bendición tan grande durante 32 años que para extrañarme de que al cabo me lo haya quitado. Es la sacudida de lo súbito lo que me hace sufrir más..." (p. 325).

Además de los testimonios de las cartas, Newman compuso un detallado relato sobre el suceso, en el que destaca la magnanimidad y la entrega de quien fuera su brazo derecho en el Oratorio (como director de la Escuela y en las tareas pastorales en general):

"Ambrose murió por exceso de trabajo. Desde hacía tiempo yo le reprochaba por encargarse de demasiadas cosas... La tarea que más seriamente lo agotó fue la traducción de Fessler del alemán... Se dedicaba al confesionario; y poco antes de su última enfermedad, tras un ataque de bronquitis, me dijo en tono de satisfacción que un día había estado más de seis horas escuchando confesiones. Visitaba muchos enfermos. Hacía un gran trabajo en nuestra Escuela, llevando la instrucción religiosa, más algunas clases, y preparando con gran sacrificio a los muchachos para las representaciones teatrales en latín..." (p. 412).

Menciona otras actividades pastorales, y vuelve a insistir sobre aquella traducción. Se trataba del libro *Verdadera y Falsa Infabilidad*, publicado en 1871 por Monseñor Fessler, secretario general del Concilio Vaticano I, explicando los alcances del dogma de la infabilidad papal. Era de la mayor importancia darlo a conocer en Inglaterra, donde se daban erróneas interpretaciones, a las cuales tuvo que contestar Newman en su *Carta al Duque de Norfolk*, publicada en enero de 1875. De allí que éste puntualiza:

"He dicho que la traducción de Fessler fue el último peso que quebró sus energías. La emprendió principalmente como un servicio a la religión. Pero no lo habría asumido sino por mí, como modo de apoyar mi Carta al Duque de Norfolk". (p. 412).

Lo notable es que aun después de aquella insolación (que poco después desencadenó su enfermedad) y a pesar de sentirse ya mal –al punto de decir "estoy dispuesto a sufrir"– St John haya proyectado nuevos emprendimientos intelectuales en servicio a la religión:

"Por entonces tomó agua de Lourdes y se abocó especialmente a traducir dos obras españolas: una de San Juan de la Cruz, la otra de Santa María de Agreda..."

Tuvo que dejarlos pero no cejó. Cuando lo trasladaron a la granja de Ravenhurst "se llevó sus libros en hebreo, siríaco y árabe", cuenta Newman, añadiendo:

"Ultimamente había aprendido árabe utilizando el diccionario... En sus últimos años había desarrollado su talento para los idiomas; había aprendido alemán y español... También en esos años desarrolló su talento para la pintura, su gusto y práctica del arte..." (p. 416-417).

Agregados a lo ya dicho, estos rasgos referentes a su talento y sensibilidad, hacen aún más vívido el admirativo retrato de Ambrose St John. Y el hecho de que antes de él Newman tuviese y fuese perdiendo grandes y valiosísimos amigos –Hurrel Froude, Johan William Bowden, Henry Wilberforce– permiten calibrar estas palabras referentes a su pérdida: *"Mi presente aflicción es la mayor que he tenido en toda mi vida"*.

Inés de Cassagne

Cardenal Newman: contemplativo

Robert Hodge
Mount Saint Bernard Abbey, Inglaterra

PRIMERA PARTE

Agradecemos el permiso para publicar este artículo, dado por el Abad de la Trapa de Azul, R.P. Ernesto Gowland, y por el Abad de la Trapa de Leicester (Inglaterra), R.P. John Moakled. El autor del artículo, R.P. Robert Hodge es monje cisterciense en la Trapa de Leicester, tiene 93 años. Ha sido siempre devotísimo de Newman y, como él, converso del anglicanismo. El traductor, R.P. Gilberto Moreau, era monje de la Trapa de Azul; falleció el 22 de noviembre pasado. Era desde joven especialista en lengua inglesa.

Cuando fui invitado por un ex-redactor de *Cistercian Studies* a escribir algo sobre el Cardenal Newman, se me dio plena libertad para decidir cómo enfocar el tema, y pasó un buen tiempo antes de que pudiera decidirme. La única cosa que podía dar por supuesto era que se esperaba que presentara y discutiera algún aspecto de su vida y enseñanza que tuviera un verdadero valor para los religiosos contemplativos. En un primer momento me entretuve con la idea de bosquejar su enseñanza acerca del uso de la Escritura para la *lectio divina*, y por cierto había mucho que se podía decir en este sentido. Finalmente, sin embargo, lo rechacé en favor de un aspecto que permitiría que los lectores le vieran en una perspectiva más amplia y ofrecería una oportunidad mejor para hacerle justicia. Entonces, me he decidido, alentado mucho por mis hermanos y otros amigos quienes tenían interés en el tema, a invitar a los lectores de *Cistercian Studies* a que lo consideren como contemplativo.

Naturalmente, tendré que explicar lo que quiero decir por contemplación, y tratar de mostrar

por sus escritos, como también por ciertos acontecimientos de su vida, lo que él entendió por este vocablo. Creo que se verá que su idea de contemplación era muy realista y sumamente práctica; de hecho, no era muy distinta de la idea de la misma que aparece en las obras más tardías y maduras de Thomas Merton en las cuales se la presenta como abrazando todo aspecto del diario vivir, sea monástico u otro. Y es intrigante notar con qué prominencia esta opinión es compartida por otros escritores cristianos contemporáneos, como Carlo Carretto de los pequeños Hermanos de Jesús, Dom Iltyd Trethowan O.S.B., don Aelred Graham O.S.B., y el P. Leonard Boase SJ., como también por los colaboradores de *Cisterna*. Esta fue también la perspectiva de Teilhard de Chardin.

A todo esto un lector podría estar tentado de decir: está bien el presentar a Newman como contemplativo y sin duda es muy interesante, pero ¿por qué mostrarle desde este punto de vista en una revista dedicada a estudios monásticos con una orientación cisterciense, dado que él no fue ni cisterciense ni ningún tipo de monje?



Littlemore
College

A esto yo podría dar la siguiente respuesta: si se puede publicar artículos en *Cistercian Studies* sobre el misticismo según como lo ve Paul Tillich, o sobre el budismo Zen y su aspecto contemplativo, no es preciso pedir disculpas por imprimir un artículo sobre la manera en que el Cardenal Newman entendió el asunto. Hay algo de verdad en esto, pero es una forma de razonar negativa. Para expresarlo más positivamente, puede suceder que el Cardenal tenga algo que decir de gran valor a todos los cristianos sobre la oración y su influencia práctica en la vida (por ejemplo, como una vivencia), y de modo más particular sobre su aspecto individual y privado. No es que él no hizo caso del valor o la importancia de la oración litúrgica; al contrario, la valoraba muchísimo. Durante los cuatro años que pasó en retiro casi monástico en Littlemore (1842-1846), que sirvió de ambiente para la decisión que luego tomó de entrar en la Iglesia Católica, él y los pocos colegas que compartían su soledad, rezaron el Oficio Divino regularmente del Breviario Romano. Sin embargo, él tenía más interés en ayudar a la gente a tomar en serio la oración privada, con todo lo que esto implicaba de buena gana, o más bien deseo, de hacer la voluntad de Dios en todo, y, como Thomas Merton decía, de encarar con toda honestidad la realidad de las exigencias de Dios sobre nosotros en conversación amorosa con El.

Ahora bien, esto es lo que yo entiendo por oración contemplativa y lo que espero poder mostrar que Newman también entendió sobre ella. Tengo una gran deuda con Thomas Merton por la luz que sobre esto ha arrojado en su libro "El clima de la oración monástica", o como se intitula su libro publicado en Inglaterra, "Oración contemplativa" (N. del T.: la traducción castellana está intitulada "La oración en la vida religiosa", Bilbao, 1970). Es una conversación amorosa con Dios que eleva la consideración de las exigencias de Dios sobre nosotros desde el nivel de la meditación, que podría ser meramente cerebral, al nivel donde el intelecto y la voluntad, o la mente y el corazón, están en comunicación con Dios por la fe, la esperanza y el amor, y donde, consiguientemente, todas las realidades de la vida, y lo que Dios nos pide a través de ellas, son vistas o contempladas con ojos de fe, es decir, desde el punto de vista de Dios. Si este tipo de oración contemplativa es lo que comúnmente se entiende por infusa o no, a mi parecer, no viene al caso. Lo que les interesa a los monjes y a las monjas, y lo que Newman consideraba, era la búsqueda de la Voluntad de Dios y por ende de la unión con Dios mismo; y en la medida en que nosotros que estamos dedicados a Dios hacemos que ésta sea nuestra prioridad máxima, y al mismo tiempo nos olvidamos de nosotros mismos. En realidad no importa si Dios mis-

mo toma nuestra oración y la hace suya, por así decirlo, haciendo que sea obvio que El lo está realizando todo, o si El nos deja continuar con nuestros esfuerzos conscientes en su búsqueda sin esta ayuda sobrenatural extra de la gracia actual. Al contrario, podría ser para bien nuestro, en general, el no ser favorecidos con este tipo de oración (contemplación infusa) como hábito, por temor de viciar nuestra motivación o de dar por supuesto demasiado. Sea lo que sea, el tipo de oración que debe ser la nuestra es totalmente un asunto que pertenece a Dios, y a nosotros nos toca aceptar todo lo que le place concedernos. (Presumiblemente, si El le concediera a una persona la gracia de la contemplación infusa como hábito, también le concedería el don de estar libre de presunción. Entonces, hay que dejar que Dios haga todo lo que le plazca). En todo esto, sólo hago eco a la enseñanza manifiesta de Teresa de Avila.

Ahora me gustaría dejar que el P. Thomas Merton hable por sí mismo en un pasaje que muestra que este tipo de oración, que él llama la oración del corazón, es una manera de mantenerse en la presencia de Dios y de la realidad, enraizados en nuestra verdad interior. A esto seguirá un pasaje de Newman con propósito parecido; pero dado que fue escrito hace más de 130 años antes, haría falta algún tipo de introducción.

Pero primero Thomas Merton:

"No hay nada más ajeno a la tradición monástica y contemplativa (por ejemplo, carmelitana) auténtica en la Iglesia que un tipo de gnosticismo que elevaría al contemplativo por encima del cristiano ordinario al iniciarle en una región de conocimiento y de experiencia esotérica, librándole de las luchas y sufrimientos ordinarios de la existencia humana, y elevándole a un estado privilegiado entre los espiritualmente puros, como si fuera casi un ángel, no tocado por la materia o la pasión, y ya no familiarizado con la economía de los sacramentos, la caridad y la Cruz. El camino de la oración monástica no es un escape sutil de la economía cristiana de encarnación y redención. Es una manera especial de seguir a Cristo, de compartir su pasión y resurrección y su redención del mundo. Por esas mismas razones las dimensiones de la oración en la soledad son las de las angustias ordinarias del hombre, su autoexamen, sus momentos de náusea a causa de su propia vanidad, falsedad y capacidad de traición. Lejos de establecerle a uno en una seguridad que no puede ser asaltada, narcisista, el camino de la oración nos coloca cara a cara con la ficción y la indignidad del falso yo que busca vivir solo por sí mismo y disfrutar de la consola-



Santa Teresa de Avila

ción de la oración en sí mismo. Este yo es pura ilusión, y en última instancia el que vive para y por tal ilusión tendrá que terminar en disgusto o en locura".

Ahora le toca hablar a Newman, pero primero unas palabras de introducción. No sé si Newman alguna vez trató el tema de la contemplación infusa o si distinguió entre oración que era infusa y oración que no lo era. De hecho, dudo de que le hubiera interesado. Esta era una distinción de uso común entre los escritores pos-tridentinos en la teología mística, de la cual debió estar enterado, mientras su propia manera de enfocar todo el tema de la oración estuvo inspirada por el Nuevo Testamento y los primeros Padres de la Iglesia. Parece que no estaba familiarizado con los primitivos Padres Cistercienses; pero sí conocía, de hecho estaba muy metido, en todos los escritos patrísticos a los cuales estos Padres tenían acceso, además de muchos otros; y, en particular, los Padres Griegos quienes, excepto Orígenes y Gregorio de Nisa, y estos solamente en su traducción latina, fueron desconocidos por los Padres Cistercienses. Esta manera escriturística y patrística de enfocar las cosas no fue influenciada por el escolasticismo de la Edad Media y por eso se acercó mucho más a la de la Iglesia de los primeros once siglos. Y de estos once siglos, su perspectiva se

acercaba más a los primeros cuatro o cinco. Se debe tener siempre en cuenta su predilección por los escritos de los Padres Griegos, y especialmente por los del siglo cuarto. De estos, San Atanasio encabeza la lista a causa de lo que había escrito en defensa de la doctrina de la divinidad de Cristo contra la herejía de los Arrianos.

La gran meta de Newman era presentar a sus contemporáneos la verdad del descubrimiento de Dios de Sí mismo en Cristo, es decir, de la Revelación; y puesto que esta se encontraba principalmente en el hecho central de la Encarnación del Hijo de Dios, el estudio de los Padres Griegos en su idioma original era de máxima importancia. Con esto no se quiere dar escasa importancia al valor de los Padres Latinos, sino solamente realzar el valor especial de los Griegos, quienes se encontraban más cerca de la escena en el Medio Oriente donde se libraron los más arduos combates teológicos sobre la encarnación. La lengua griega era un instrumento mejor para este tipo de controversia que la latina por que era más matizada y más sutil, y a Newman le fue dado tanto el talento como la energía para estudiar estos importantes escritos en profundidad. Si creemos en la divinidad de Jesucristo, no podemos tener ninguna dificultad en creer que El cuida providencialmente de su Iglesia; y si tal es el caso, la fase helénica del desarrollo de la doctrina cristiana es un ejemplo de este cuidado providencial, tanto como lo es cualquier fase más primitiva o más tardía.

El resultado de este profundo estudio y reflexión orante se ve, creo yo, más ventajosamente en los *sermons* que Newman predicó como Vicario de la Iglesia de la Universidad, Santa María la Virgen en Oxford. Esto sucedió en sus días como anglicano cuando era un socio del Colegio Oriel y el más influyente en el Movimiento de Oxford. Con la excepción de un volumen de *Sermones de la Universidad de Oxford*, quince en total, estos no fueron predicados oficialmente a la universidad sino a los feligreses que se reunían en Santa María los domingos por la tarde. Algunos miembros de la universidad comúnmente se encontraban en la congregación, especialmente durante la época de las clases cuando los estudiantes no graduados aún, estaban presentes en gran número. Por una suerte muy grande, una o dos personas que asistieron a estos servicios nos dejaron sus impresiones de Newman como predicador. Era —dijeron— como si mantuviera un espejo ante ti y tú observarás tus propias facciones de una manera en que nunca lo

habías hecho. Fue, en gran medida, su misterioso conocimiento de la naturaleza humana, con la profunda intuición que esto le proporcionaba, lo que le daba el poder de persuadir a sus oyentes a que tomaran en serio las verdades del Evangelio y consiguientemente cambiaran su manera de vivir. Su meta era la verdadera conversión interior del corazón y parecería que esto fue lo que Dios a menudo realizó a través de la palabra hablada de este predicador y, como yo lo puedo constatar, todavía está realizando a través de sus escritos. El arrepentimiento, la conversión, la compunción de corazón, la obediencia de la fe, la renuncia, eran las cosas que más estimaba: y en esto no hacía más que repetir la enseñanza de Juan el Bautista y de Nuestro Bendito Señor mismo. Y, parecidamente, la compunción, como aprendí en el noviciado, es el primer gran paso en el camino de unión con Dios y una vida de oración orientada hacia la contemplación.

El estado espiritual de la iglesia de Inglaterra tal como se encontraba en los días anglicanos de Newman

En la primera mitad del siglo XIX, cuando Newman estaba en Oxford, la iglesia anglicana apenas se había despertado de su largo sueño invernal del siglo anterior o más. John Wesley, es verdad, había trabajado valientemente para incitar a la gente de un extremo al otro del país con su profundo fervor evangélico y había encontrado una extensa respuesta: pero las autoridades de la Iglesia de Inglaterra establecidas por la ley no reaccionaron favorablemente, y Wesley y sus entusiastas fueron desatendidos. El entusiasmo en cualquier forma que fuese no era connatural a la Iglesia establecida; cuando surgió fue causa de perturbación, y las autoridades anglicanas no sabían como aprovecharse de él.

En todo caso, los seguidores de Wesley, provenientes en su mayor parte de las clases menos educadas, y quienes llegaron a ser conocidos como Metodistas, habían iniciado un resurgimiento evangélico que, con el tiempo, empezó a confundirse dentro de la iglesia anglicana misma, y aun más allá a la clase media y a la clase rica; los hábitos sociales de al menos algunos de ellos ahora asumieron un estilo más refinado. Así, en el comienzo del siglo XIX, hubo un reavivamiento



John Henry Newman, por W.W. Oules (1848-1933)
Oratory House, Birmingham

aprendió la verdad de la Bendita Trinidad. Esto sucedió en 1816, el año de su primera conversión, y sin duda el acontecimiento más importante de su juventud (1).

Los Evangélicos proclamaron que la religión tienen que ser personal, que Cristo es el Salvador personal de los pecadores y que la conversión, para que sea genuina, es algo que tiene que ser experimentada. Todo esto era bueno, y Newman, más tarde en su vida, fue capaz de decir en sus apuntes personales que había sido una gran bendición para Inglaterra; hizo que miles de corazones reconocieran las verdades cardinales y vitales de la Revelación" (2).

Es verdad; pero había otro lado del Evangelismo que era menos feliz y que explica en gran parte por qué Newman llegó a sentir que su vocación consistía en proclamar a Inglaterra las verdades de la revelación cristiana. El evangelismo, mientras hacía poco o ningún caso de la teología, o de los fundamentos intelectuales de la religión, ponía la mayor parte de su hincapié (y por lo que yo sepa, puede todavía ser este el caso) sobre la experiencia religiosa, sobre la reacción

evangélico dentro de la iglesia establecida, y esto explica en parte cómo John Henry Newman fue influenciado por él en la escuela siendo muchacho. Aquí, en Ealing, mientras pasaba sus vacaciones de verano en 1816 en la escuela a causa de los aprietos financieros de su padre, llegó a conocer a Walter Mayers, joven maestro clásico y clérigo de 26 años, quien se había convertido recientemente y llegó a ser evangélico, al que Newman describió en la Apología como "los medios humanos del comienzo de la fe divina en mí". Fue él quien le introdujo a los escritos de Thomas Scott, quien impresionó su mente más profundamente que ninguna otra persona, y de quien por primera vez

subjetiva del creyente quien debería tener como meta una cierta mentalidad espiritual: un esfuerzo que podía desembocar en el habla y las costumbres artificiales. Fue así que el sentir personal era lo que más importaba.

Ahora bien, esto era peligroso porque promovía la contemplación de sí mismo, y aun más peligroso para el futuro porque conducía al menosprecio de lo externo y objetivo en la religión, credos, sacramentos y en la Iglesia visible. No es que los sentimientos no tengan ningún valor; al contrario, tienen mucha importancia; al mismo tiempo las creencias, especialmente las que brotan de la revelación cristiana y que son objetivamente

verdaderas, son aún de mayor valor. Esto último Newman lo mantuvo firmemente y lo enseñó desde su primera conversión en 1816 hasta el fin de su vida.

La mejor manera de captar el ambiente de la iglesia anglicana tal como se encontraba cuando empezó el Movimiento de Oxford (1830-40) y de apreciar la naturaleza del desafío que Newman trató de encarar, es por medio de la lectura de las novelas de Anthony Trollope, especialmente las que describen la vida clerical anglicana, tales como *Las torres de Barchester* y *La rectoría de Framley*; y hay varias otras. podría describirse como un ambiente de holgada complacencia; y la única manera de sacudirlo era hacerle recordar enérgicamente las verdades básicas del Evangelio tal como deberían ser vividas individualmente, socialmente y nacional o políticamente, dando la máxima prioridad al arrepentimiento y a la conversión de corazón. Aquí de verdad se encontraba un desafío y, al enfrentarse con un desafío, Newman siempre obraba con su acostumbrada habilidad. En este caso él tenía que presentar la verdad de la Revelación cristiana a hombres y mujeres que, por lo general, conocían poco o nada acerca de ella, que de veras no creían en ella, y, como todavía no tenían fuertes convicciones, no se podía esperar de ellos una tentativa seria de vivirla. Cuando falleció el Cardenal Newman el 13 de agosto de 1890, su amigo de toda la vida, Richard Church, Decano de San Pablo, escribió la noticia necrológica en la cual habló del dilema de los Reformadores de Oxford al contemplar... "la Iglesia de Inglaterra con sus «curas presumidos», y carrozas tiradas por caballos para sus esposas e hijas" (3). Tal era el desafío que tuvo que enfrentar y estaba bien habilitado para la tarea, como se verá por algunos pasajes selectos de sus sermones publicados.

Asumiendo que lo que es de valor espiritual para el seglar ordinario tiene al menos igual valor para el monje o la monja, puesto que hay un solo sacramento del Bautismo, citaré ahora un extracto de un sermón famoso de Newman, titulado "*Dando gloria a Dios en medio de las preocupaciones del mundo*". Empieza: "*Cuando las personas están convencidas de que la vida es corta... cuando sienten que la vida del más allá es todo en todo, y que la eternidad es el único tópico que puede verdaderamente reclamar o llenar sus pensamientos, entonces es probable que desestimen completamente esta vida, y se olviden de su verdadera importancia. Son propensos a querer pasar el tiempo de su permanencia aquí abajo en una separación*

absoluta de deberes activos y sociales; no obstante, se debe recordar que los deberes de este mundo, aunque no sean celestiales en sí mismos, son, en definitiva, el camino hacia el cielo... pero es difícil darse cuenta de esto. Es difícil comprender las dos verdades a la vez, y reunir las a ambas; contemplar con constancia la vida por venir y, sin embargo, actuar en ésta... De varias maneras el pensamiento del mundo futuro induce a los hombres a descuidar su deber en éste; y siempre que suceda esto podemos estar seguros de que algo está mal y no es cristiano, no en cuanto a su pensar en el mundo futuro, sino en la manera de pensar en ello".

Newman sugiere varios remedios, entre los cuales el siguiente: "*El cristiano sentirá que la verdadera contemplación de su Salvador consiste en sus negocios seculares; que como se ve a Cristo en los pobres, en los perseguidos, y en los niños, así también se lo ve en los empleos que El les encarga a sus elegidos, cualesquiera que sean; que al ocuparse de su propia vocación el cristiano se encontrará con Cristo: que si la descuida, no por eso se disfrutará más de Su presencia, pero al desempeñarla, verá a Cristo revelado a su alma en medio de las acciones ordinarias del día, como una especie de sacramento*".

Newman predicó este sermón por primera vez al final de 1836, es decir, un poco más de 130 años antes que Merton publicara su estudio de la Oración Contemplativa como primer número de la serie *Cistercian Studies* bajo el título "El clima de la oración monástica". No se sugiere que a causa de esto, el pensamiento de Merton en este tema estuvo influenciado por Newman. Fue solamente hacia el fin de su vida que Merton descubrió el valor de Newman, como él mismo admitió con sencillez encantadora en *Conjeturas de un espectador culpable*(4). En esta obra, después de aludir a Clemente de Alejandría como alguien que para Newman era "como música", y después de describir a Newman como una persona profundamente musical para la cual todo lo mejor se expresaba en función de la música, la armonía, la unidad, el sonido, prosiguió con la observación: "Hay personas que encontramos en los libros a quienes uno no meramente observa, encuentra o conoce. Se produce inmediatamente una resonancia de todo nuestro ser con todo el ser del otro" (*Cor ad cor loquitur* – corazón habla a corazón en la integridad del lenguaje de la música; la verdadera amistad es una especie de cantar).

"Sin embargo por mucho tiempo –prosiguió– no tenía resonancia con Newman (porque no la buscaba; creo que las fotos de él le asustaban). Le

tenía mucha desconfianza, lo mismo me pasaba con Clemente. Pero ahora deseo toda la música de Clemente, y con dificultad me refreno de sacar demasiados libros de Newman de la biblioteca cuando ya tengo más libros de lo que necesito”.

Conjeturas de un espectador culpable fue publicado por primera vez en 1965, 1966, y el aviso sobre el libro nos informa que fue sacado de los cuadernos que el P. Louis había guardado desde 1956. Puesto que la primera mención de Newman aparece al principio del libro —en la página 15—, es razonable conjeturar que su interés serio en los escritos de Newman comenzó alrededor de 1956, sino un poco más temprano. Esto sin embargo, no es más que una conjetura; el autor pudo haber tenido razones editoriales especiales para nombrar a Newman y a Fenelon juntos al principio del libro. Puede tener también algún valor el mencionar que la publicación de este libro se hizo un poco después de terminar el Concilio Vaticano II, en el cual es sabido que el influjo de las ideas y el pensamiento de Newman se dejó sentir fuertemente. El P. Louis (Merton) debió haberse dado cuenta de esto, y este conocimiento pudo muy bien haber servido como mayor estímulo para un aprecio que ya era considerable. Fue un caso de “Tarde te he amado”. Lamentó la tardanza pero se aprovechó del encuentro, al menos en cuanto que encontró mucho en Newman para confirmar su propia manera de pensar. Lo dicho se sobrentiende por esa resonancia profunda de todo su ser que el P. Louis sintió que se había establecido con todo el ser de Newman; ambos concordaron armónicamente.

Para Newman entonces, como para Merton, y también yo agregaría para Teilhard de Chardin (5), la verdadera contemplación de nuestro Salvador, de Dios, se encuentra, no fuera de las luchas y sufrimientos ordinarios de la existencia humana, sino en su pleno centro. Para ambos se trata de enfrentarse con la realidad, sobre todo, la realidad de Dios y de lo que El nos pide en cualquier situación dada; y si, en el pasaje citado más arriba, Newman no hizo mención explícita de la oración, ésta estaba allí a pesar de todo, al menos por inferencia. Si no, ¿cómo podría una persona hablar o escribir, como lo hace él, acerca del ver a Cristo en los pobres, en los perseguidos y en los niños, o de encontrarle en nuestros quehaceres diarios o en las tareas de nuestra vocación, y decirlo de veras, sin asumir si no realmente afirmar, que nada de todo esto es posible sin una oración genuina que

surge del corazón? Rezar así es dar a nuestra oración una **orientación contemplativa**. Es verdad, no todos pueden ser contemplativos, pero no se trata de eso, como ha escrito Merton. Lo que importa, continuó él, es la orientación contemplativa de toda la vida de oración. Precisamente es aquí que, a mi parecer, la enseñanza de Newman y la de Merton convergen; sin mencionar la enseñanza de varios autores contemporáneos cuya opinión sobre el tema es notablemente parecida. Y no solamente su enseñanza converge, sino también su oración, por el hecho de que para ambos la oración tenía una conexión íntima con la vida. La oración tiene que ver con la vida y cómo vivirla en la manera en que Cristo mismo lo haría, si él mismo estuviera realmente viviendo en nuestra situación, como de hecho, a consecuencia de nuestro bautismo, lo hace; es decir, si la doctrina del Cuerpo Místico de Cristo quiere decir lo que dice. No sólo el Espíritu Santo sino Cristo mismo habita en nosotros, como también el Padre, y esta es la enseñanza clara de San Juan en su evangelio y en sus cartas; también es la de San Pablo. De igual modo es la de San Benito en el capítulo séptimo de la regla, donde está señalada como el primer grado de la humildad y, por ende, como su mismo fundamento. Con todo esto Newman está perfectamente de acuerdo, como se verá por algunos pasajes escogidos de sermones tempranos predicados entre 1836 y 1841.

Solamente debemos recordar, previamente y mientras los leamos, lo que nos dice el P. Dessain, que Newman está predicando “no una teoría o una filosofía de sí mismo, sino la Revelación cristiana: no una doctrina cristiana en lo abstracto, sino las verdades de la fe que nos llevan a relaciones nuevas e íntimas con Dios, como algo que debe ser vivido”. Tenía horror de las “palabras falsas” y profesiones. “Apunta a las cosas y tus palabras serán correctas sin apuntar”. Y también: “El hecho de que algo sea la verdad, no es una razón para decirlo, sino que debería hacerse; que debería ser puesto en acción; que debería ser apropiado interiormente” (6). El verdadero cristiano, si quiere ser de veras un hombre de oración, es decir, un contemplativo, debe prestar atención a la Persona de Jesucristo su Salvador y a la Revelación de Su Padre que el dio a la Iglesia a través de los Apóstoles. Sin esto no puede existir una contemplación genuina para un cristiano. Cualquiera que sea el ardor de su amor a la Iglesia y a los valores éticos y espirituales cristianos, debe, sobre

todo, darse voluntariamente y cultivar con generosidad la relación personal con Cristo que le fue dada en sus inicios en el Bautismo. Esta es la enseñanza clara del Nuevo Testamento, especialmente de San Juan y de San Pablo, y también de la teología mística de la Iglesia tal como fue desarrollada por San Juan de la Cruz; y asimismo de Newman, quien, como el P. Dessain nos recuerda en su monografía *John Henry Newman* (pág. 44), escribía y hablaba como un pastor que quería que sus oyentes y sus lectores construyeran sus vidas cristianas sobre los fundamentos del Nuevo Testamento. Quería proporcionarles una doctrina completa y equilibrada, derivada de la Escritura y de los Padres... Continúa el P. Dessain: "El difunto Abad Vonier anhelaba una teología clásica, en la cual cada verdad de la revelación fuera afirmada en su debida proporción y equilibrio, y no, como tantas veces es inevitable, distorsionada, o exagerada, u oscurecida por una reacción contra la herejía. Inútil es decirlo, es imposible elaborar las doctrinas de las cristiandad, desde las fuentes, completamente *in vacuo* —en el vacío. A pesar de todo, Newman se encontraba en una situación notablemente privilegiada. A diferencia de los teólogos romanos, no fue criado bajo la influencia de ninguna filosofía dominante ni de ninguna tradición teológica. Si utilizó a los ministros del culto anglicano del siglo XVII, fue como él mismo lo confesó, más bien para proteger y defender lo que había elaborado independientemente de la Sagrada Escritura y los Padres. Si reaccionó en contra de la herejía, fue en contra de la herejía general que rechazaba la religión revelada. Y así sucede que, especialmente en estos escritos anglicanos tardíos, encontramos un catolicismo clásico y verdaderamente católico".

Aquí, entonces, está el fundamento teológico de la vida y enseñanza de Newman y consiguientemente de su vida de oración. En cuanto a sus sermones anglicanos, y especialmente los más tardíos y maduros, ¿cómo pudieron ser escritos y predicados con tanto poder de convicción si no hubiera estado tratando de vivir lo que enseñaba, o, lo que ciertamente debe ser el equivalente, de rezar lo que enseñaba? Cualquiera que ha tratado de ayudar a otros a hacer un intento serio de vivir una vida de oración sabe cuán arriesgado es ir más allá de su propia experiencia; y Newman, con su horror a las palabras irreales y su estima por la integridad, intelectual como también moral, no se hubiera atrevido a correr tal riesgo.

La importancia que daba a la oración puede apreciarse quizá mejor al considerar algunos extractos de un sermón que no había sido publicado hasta ahora sobre la relación entre su misterio de predicación y la oración pública de la Iglesia. Estos extractos se los debemos a Dom Placid Murray O.S.B. quien los citó en su libro "Newman el Oratoriano" (pp. 37,38).

Newman escribió (7): "...los hombres, por lo que dicen, hacen pensar que el gran mandato de la religión cristiana fuera la así llamada predicación, mientras el gran mandato... es la oración colectiva y la alabanza en común... la función peculiar de la oración pública es hacer bajar a Cristo entre nosotros... la predicación (por ejemplo, la enseñanza pública) es un agregado, pero solamente como un medio para que recemos mejor y vivamos mejor. Pero la oración es un fin, pues es devoción, un sacrificio aceptable, la vida misma del cristiano".

Aquí, en esta última frase, no se hace ninguna distinción entre la oración pública y la privada, pues la oración está puesta en ecuación con la vida misma del cristiano que denota el deber de encarar la realidad total de todo lo que Dios nos pide respecto a sí mismo, a nuestro prójimo y a nosotros mismos.

La comprensión de Newman sobre la realidad tal como influye en la vida espiritual

Todo lo que Newman entendía por la realidad de lo que Dios espera de nosotros puede, según mi parecer, entenderse mejor por la lectura de los sermones de su período anglicano porque presentan todas las características de su espiritualidad y la manera en que trató de vivirlas.

Pero, ¿qué decir del período católico?

Su conversión al catolicismo ocurrió en octubre de 1845, a la edad de 44 años, casi a la mitad de su vida, y es normal preguntarse hasta qué punto los escritos del período anglicano pueden ser aceptados como un testimonio fiel de las ideas y convicciones que él tenía, enseñaba y vivía después de hacerse católico. ¿Estamos seguros de asumir que Newman, como católico, continuó manteniendo y viviendo todos los valores espirituales que enseñó en, por ejemplo, los *Sermones parroquiales y corrientes* o en las *Conferencias sobre la Justificación*? Si estos sermones y otros escritos de su período anglicano son la fuente principal de información para nuestra investigación, entonces esta pregunta debe ser importante.

El texto que cité más arriba de un sermón temprano de Newman, guardado en los archivos del Oratorio, nos indica dónde tenemos que buscar la verdadera contrapartida, en la vida católica de Newman, del lugar ocupado por los *Sermones parroquiales y corrientes* de su período anglicano (8). Esta es la opinión de Dom Placid Murray O.S.B. tal como la expresa en su libro. Y ¿dónde tenemos que buscar para encontrar esta contrapartida? Dom Placid responde: en la Parte III de *Meditaciones y devociones* publicadas póstumamente donde vemos otra vez el tono característico de los *Sermones parroquiales y corrientes*, esta vez en un contexto de oración, no de predicación. Como los *Sermones parroquiales y corrientes*, estas oraciones están escritas en términos escriturísticos dentro de un marco litúrgico y aparecen en la Parte III de los manuscritos originales, que se encontró como un manuscrito independiente en un cuaderno separado, más probablemente escrito para uso privado de Newman mismo. Es significativo —agrega Dom Placid en una nota a pie de página (p. 38) que este cuaderno nunca fue hecho público por Newman. Meriol Trevor, en su introducción a la última edición (Londres 1964) de las *Meditaciones y devociones* (una reproducción de la primera edición de 1893) en la cual la Parte III ha sido colocada en primer lugar, nos informa que fue William Neville, secretario devoto y amigo de Newman, quien, después de la muerte del Cardenal, coleccionó las piezas para la primera edición de *Meditaciones y devociones* (9). Es en estas reflexiones orantes que vemos a Newman “consultando, charlando y mirando con fijeza al Emmanuel” para citar otra vez a Dom Placid Murray. El prosigue: “Hay una nota apenas descifrable en la letra de Newman al lado de la primera Meditación —sobre la Esperanza en Dios-Creador: «Oh si en este día El dijera, yo pedí su amor y no me lo daba, yo le cortejé— que da el leitmotiv de todo. No es una descripción de una unión mística por la contemplación infusa; sino la conciencia, a la luz de la fe, de las imperfecciones del alma en su amor. Tú me cortejas, oh mi único Amador verdadero, el único Amador de mi alma, oh mi Señor todo-suficiente, Tú solo bastas —estas y muchas otras frases memorables son la respuesta del alma en este matrimonio con Cristo —que, de hecho, fue su idea de la virginidad: un matrimonio con Cristo. “Aquí, observa Dom Placid Murray, encontramos toda la seriedad de los *Sermones parroquiales y corrientes*, su sobriedad, su reserva, su realismo, armonizado ahora en una cla-

ve más íntima de oración personal”. Y, me permito agregar, toda su espontaneidad.

Algunas observaciones generales

Antes de que empiece a considerar algunas de las características de la espiritualidad de Newman en detalle con el fin de realzar la calidad de su realismo contemplativo, quedan algunas observaciones generales por hacer. Aquí recurriré a la Introducción, escrita por Meriol Trevor, a la edición de 1964 de las *Meditaciones y Devociones* en la cual, entre otras cosas importantes, dice que las cualidades principales de Newman que interesan a la gente moderna son evidentes en estas meditaciones, y éstas son la integridad intelectual y la honestidad emocional, las mismísimas cualidades, me permito agregar, que se destacan tan claramente en los *Sermones parroquiales y corrientes*, y sin las cuales no podría existir una orientación contemplativa. Además nos muestran —prosigue ella— algo de la vida escondida de oración de donde provinieron los grandes libros. Es la misma voz hablando en privado. Escuchemos al P. Newman mismo en oración: “*Concédeme el don de discernir entre lo verdadero y lo falso en todo discurso de la mente... Concédeme esa verdadera sabiduría que busca Tu Voluntad por la oración y la meditación, por la comunicación directa Contigo, más que por la lectura y el razonamiento. Concédeme el discernimiento para poder distinguir Tu voz de la voz de los extranjeros, y de reposar en ella y buscarla en primer lugar, como algo exterior a mí mismo; y respóndeme a través de mi propia mente, si yo Te adoro y dependo de Ti como de quien está más arriba y más allá de ella*”.

Palabras como estas nos hacen pensar si Maisie Ward tuvo razón cuando escribió: “El genio de Newman se realizó en una vocación única —espiritual e intelectual a la vez— de acercar al mundo a Dios, no por la oración sino por el pensamiento. La suya fue quizá la más grande vocación teológica desde Santo Tomás; vivió y se movió más entre los primeros Padres que entre sus amigos vivientes, a pesar de sus relaciones muy íntimas con éstos” (10).

Que la vocación de Newman fue única, y que fue espiritual como también intelectual, no puede haber ninguna duda. Tampoco dudamos de que la palabra “intelectual” sería la más acertada descripción general de su vocación, puesto que el pensamiento fue su característica más notable; y lo mismo puede decirse de la de Santo Tomás con



Santo Tomás de Aquino (1225-1274)

el cual Maisie Ward lo compara. No es que ella elimine lo espiritual; pero cuando termina por excluir la oración en favor del pensamiento, en esta singular vocación de acercar al mundo a Dios, a mi parecer, va demasiado lejos. ¿Qué valor apostólico habría tenido este tipo de pensar, sin la oración? ¿Cómo podría haber producido buenos frutos o aún llegar a la existencia? Y estos comentarios valen igualmente para la vocación teológica de Santo Tomás, cuyo pensamiento y escritos estuvieron tan seguros de las cosas de Dios precisamente porque, como Newman, buscó la Voluntad de Dios por la oración y la meditación, por la comunicación directa con El, más que por la lectura y el razonamiento; y esto, seguramente, es de lo que se trata en la contemplación: buscar la realidad de lo que Dios nos pide acerca de Sí mismo, de nosotros y de los demás, en conversación amorosa con El; un sentimiento con el cual Juliana de Norwich estaría plenamente de acuerdo. De hecho, ella enseñó precisamente esto en sus *Demonstraciones o Revelaciones del Amor Divino* (cap. 43): "Pues cuando el alma es sacudida y atribulada y

está sola en su desasosiego, es tiempo de rezar para hacerse más sensible y sumisa a Dios". ¡Ojalá todos los teólogos de los siglos subsiguientes se hubieran mantenido más cerca de Santo Tomás; no sólo en su pensar sino sobre todo en su orar, puesto que un teólogo, según el sentido original de la palabra, es uno que ha tenido una experiencia de Dios!

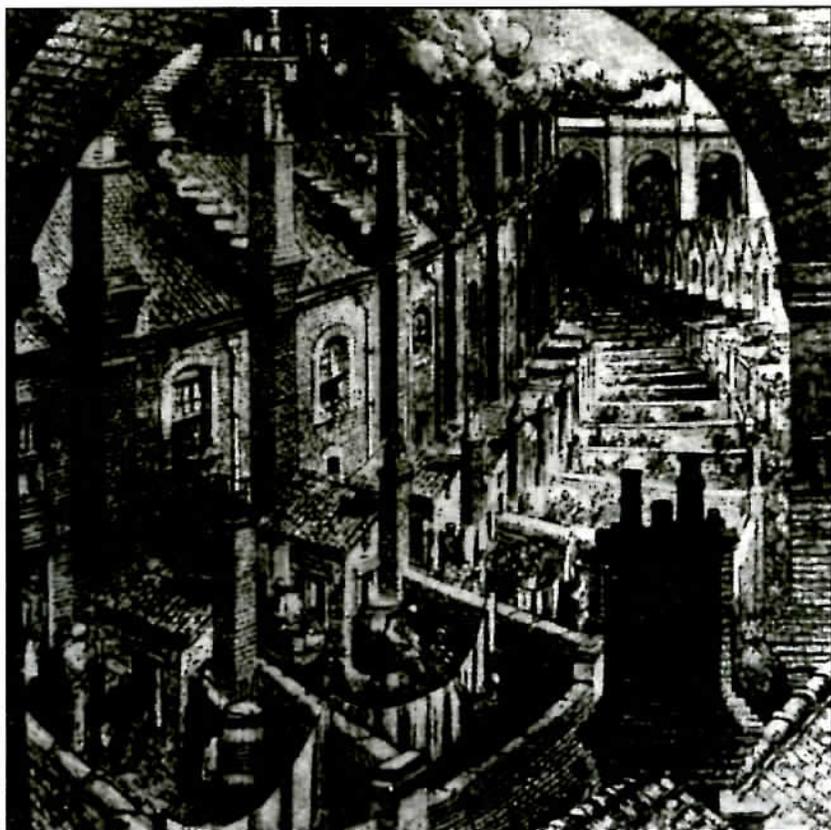
En cuanto a la afirmación de Maisie Ward de que Newman vivió y se movió más entre los primeros Padres que entre sus amigos vivientes, a pesar de sus relaciones íntimas con éstos, uno agradece este tributo impresionante al alcance y profundidad de su conocimiento patristico, sin embargo habría que objetarle la inferencia que contiene de una cierta lejanía de la realidad; pues si las exigencias del trabajo erudito le hicieron un tanto apartado aun de sus amigos vivientes, presumiblemente ellos le apartaron aún más de la gente obrera ordinaria de Birmingham. Aquí viene al caso repetir lo que Meriol Trevor escribió en su *Introducción a las Meditaciones y devociones* (p. VI): "Con demasiada frecuencia se ha asumido que por el hecho de que Newman era un erudito fue también un recluso y demasiado sensible como para tener un verdadero contacto con la gente tosca y ruda". Si hubiera sido este tipo de persona, sería una pérdida de tiempo el tratar de presentarle como contemplativo, pues la contemplación sólo tiene que ver con la realidad. De hecho, Newman fue recordado principalmente por la ayuda espiritual, primero en Littlemore y después como Oratoriano en Birmingham. Aquí el primer Oratorio estuvo ubicado en la calle Alcester, un distrito pobre de la clase obrera donde se experimentaban las peores consecuencias sociales de la entonces floreciente revolución industrial. Fue solamente más tarde que los Oratorianos se mudaron a Edgbaston, pero aquí también tuvieron el cuidado de los distritos obreros de Smethwich y más tarde de Ladywood. La ayuda espiritual puede darse solamente por contacto personal, y esto requiere la entrega del tiempo y el esfuerzo personal. "Cuando la causa de beatificación de Newman se abrió hace pocos años", para citar otra vez a Meriol Trevor, "los descendientes de feligreses dispersos ya por todo el mundo, escribieron para recordar el amor de los padres y abuelos por nuestro Cardenal —ellos lo consideraban un santo y guardaron pedazos de su ropa como reliquias". Newman tampoco se olvidó de las necesidades materiales de su pueblo en la medida en que estu-

Viviendas obreras en el Londres de fines del siglo pasado.

vo informado de ellas; sólo que tuvo una manera personal callada, recatada, de dar ayuda material a los individuos que la necesitaban o de ayudarles a encontrar empleos. He recibido el testimonio de las tradiciones familiares de dos de mis hermanos quienes nacieron y fueron criados en Birmingham, de que Newman mostró un interés personal por el bienestar de la gente pobre que fue más allá del acto de dar limosna. Tampoco puede carecer de significación que su elección de la entonces nueva ciudad industrial de Birmingham como sitio para su primer Oratorio fuera deliberada. En vez de elegir algún centro cultural libre del ruido y de la suciedad de la industria y no afeado por una multitud de pequeñas casas construidas como conejeras para albergar a los obreros, con toda la inevitable suciedad que resulta de condiciones apretadas e insalubres, eligió una ciudad donde todos estos elementos desagradables y repugnantes estaban presentes y con toda probabilidad aumentarían; y allí se quedó todo el resto de su vida. Es verdad, él no hizo un estudio científico de las cuestiones sociales en relación con la fe, pero puede ser que, como observó Maisie Ward en *"El joven Sr. Newman"*, sólo la reconstrucción del pensamiento cristiano puede preparar a los hombres para construir un orden social cristiano" (p. 228). Para Newman, Cristo y su Verdad tenían el primer lugar y el entendimiento correcto de la misma en la fe; después toda clase de buenas obras seguirían. "Busquen primero el Reino de Dios y su Justicia".

Newman y los escritores místicos del siglo XVI

Después de lo dicho, puede resultar evidente, al menos para los versados en los escritos de los místicos del siglo XVI y de los que les sucedieron,



que la manera de rezar de Newman es diferente. Nunca escribió un tratado formal sobre la oración ni tampoco describió experiencias místicas, aunque existen pasajes en sus sermones tempranos que sugieren fuertemente que pudo haber tenido experiencias conscientes de Dios en la oración. Cuando da instrucciones, o hace comentarios sobre la oración, es sencillo y sincero, y sin duda esta cualidad ayuda mucho a explicar por qué fue muy amado por la gente ordinaria tanto en Littlemore como en Birmingham. Y es importante recordar que se consideraba a sí mismo como una persona ordinaria. Esto se hace patente —escribe Meriol Trevor— en un intercambio con John Dalto, el traductor de Santa Teresa de Avila, quien le pidió consejo acerca de cómo proceder con la traducción de San Juan de la Cruz. Newman respondió que no sabía mucho al respecto y que siendo un católico ordinario, se contentaba, *después del Nuevo Testamento*, con la *Imitación*. ¿Se sigue realmente de esto que tampoco pudo haber sabido mucho acerca de la oración? Parece que no, y de hecho "hay otros", continúa la señorita Trevor, "quienes, sintiéndose ciertamente muy ordinarios,

experimentan un alivio al encontrarse con alguien del calibre de Newman siguiendo otra manera de rezar. Santa Teresa de Lisieux, ha dejado constancia de que, en su impotencia, las Sagradas Escrituras y la Imitación fueron su más grande auxilio; con todo fue de los Evangelios de quien recibió la ayuda más grande en el tiempo de oración (11). Y conozco a otra monja carmelita, que aún vive, que ha escrito palabras parecidas. Santa Teresa de Lisieux y el Cardenal Newman tuvieron mucho en común, como un escritor ha mostrado recientemente en Carmel.

Los místicos del siglo XVI siguieron y enseñaron una manera de rezar que sirvió de guía para los que experimentaron los desiertos y las noches oscuras que acompañan el proceso de purificación psicológica o desarrollo del alma; y éste era el tipo de enfoque que parecía adaptarse bien a muchas personas espirituales desde esa época hasta cerca de nuestros días. Con todo Newman, aun siendo por naturaleza introvertido y uno de los hombres más autoconscientes, parece no haber seguido este camino nunca ni haberlo recomendado a otros. No es que lo rechazó ni tampoco que le daba poca importancia; él sencillamente no lo asumió, prefiriendo mantenerse en el camino más simple y más primitivo de oración en el que fue criado, meditando las Escrituras y estudiando a los Padres, de los cuales pudo haber adquirido la práctica de meditar sobre la doctrina cristiana. Es esto, según la señorita Trevor, lo que da a su método su objetividad y su cualidad atemporal, y al seguirlo puede decirse que puso en cortocircuito a los escolásticos de la Edad Media quienes, a pesar de toda su excelencia, están "pasados de moda". De hecho, su semejanza con los Padres primitivos por su enfoque y su método fue tan estrecha, que uno podría describirle como si fuera él mismo un Padre temprano "in pectore" (N. del T.: en el secreto del corazón) reservado por la Divina Providencia hasta que llegara el tiempo del nacimiento de un teólogo que supiera reunir en un conjunto las corrientes de tradición Patrísticas, post-tridentinas y luteranas, como efectivamente hizo en sus famosas *Conferencias sobre la Justificación*, mostrando cómo podían ser reconciliadas. De aquí puede verse cuánto tenía en común este método de Newman con el de los Padres Cistercienses primitivos. Al clavar su mirada en los misterios de la verdad eterna, el hombre que reza es liberado de la conciencia que se mira a sí mismo. La "naturalidad" que Richard Church (12), decano de San Pablo, y



Santa Teresa de Lisieux

amigo de toda la vida, observó en él como cualidad evidente, fue un tipo de sencillez que se adquiere solamente por la disciplina austera y tenaz de honestidad con uno mismo y la determinación de unificar siempre la acción con el sentir y el pensamiento. "No deben existir palabras irreales, no debe haber teoría sin práctica ni acción sin simpatía" (13).

(continuará)

NOTAS

1. C.S. Dessain: John Henry Newman, pp. 3-4
2. John Henry Newman: Autobiographical Writings, ed. por Henry Tristram, London, 1956, p. 79
3. R. W. Church: Occasional Papers, ed. Mary Church (1987), vol. II, pp. 472-478 (citado de John Coulson: Newman and the Common Tradition, p. 39, Oxford, 1970).
4. op.cit. pp. 169,170
5. Hymn of the Universe, Teilhard de Chardin, London, Collins, Fontana, May 1973, Pensée 17, p. 82 (Señor Dios... no sea que sucumba a la tentación de maldecir el universo y al Creador del universo, Enséñame a adorarlo por verte a Ti, escondido dentro de él... hoc est corpus meum).
6. C.S. Dessain: John Henry Newman, p. 43
7. Early Sermons, B.3.6. Archivos del Oratorio.
8. Newman, The Oratorian, Placid Murray O.S.B., p. 38
9. Meditations and Devotions of Cardinal Newman, London, 1964, p. V.
10. The Young Mr. Newman, London 1948, p. 228.
11. Sta. Teresa de Lisieux: An Autobiography, London, 1935.
12. Occasional Papers, vol. II, pp. 480-481, London Reimpreso de The Guardian 20, 8. 1890.
13. Meriol Trevor, op.cit., pp. VIII, IX, X.

EL DON DE LENGUAS

*Arrojado entre hombres de lenguas extrañas
y remotas creencias, yo seguía
el azaroso meandro de sus voces,
y los asuntos sacros irrumpieron.*

*¡Cómo anhelaba entonces ese don
de entretejer las tumultuosas hebras
de sonidos! Mi mente se aguzaba,
pero mi lengua débil no podía
desatar sus cadenas.*

*¿Acaso, Señor, al enfriarse
la fe y nuestra plegaria, hemos perdido
el poder que una vez nos concediste?
¿O lo otorgas en tiempos inusuales
y luego vuelves a llamarlo al cielo?*

Traducción: Jorge N. Ferro

THE GIFT OF TONGUES

*Once cast with men of language strange
and foreign-moulded creed,
I mark'd their random converse change,
and sacred themes succeed.*

*Oh, how I coveted the gift
to thread their mingled throng
of sounds, then high my witness lift
but weakness chain'd my tongue.*

*Lord! has our dearth of faith and prayer
lost us this power once given,
or is it sent at seasons rare
and then flits back to heaven?*

June 24, 1833

“ Ser justificado es precisamente esto: recibir la Presencia divina dentro nuestro, y convertirnos en templos del Espíritu Santo. Dios está en cada lugar de una forma tan absoluta y total como si no estuviera en ningún otro sitio. Y así se nos dice, refiriéndose a la humanidad, que «en Él vivimos, nos movemos y existimos» (Hech 17,28). Pues bien, Aquél que vive en todas las criaturas de la tierra, para darles una vida mortal, vive en los cristianos de una forma más divina, comunicándoles una vida inmortal. ”